

507  
M762 ser. 2  
v. 6  
no. 5



ANALES  
DEL  
MUSEO DE HISTORIA NATURAL

---

2ª Serie Vol. VI

1955

Nº 5

---

LOS CHANÁ TIMBÚES  
EN LA ANTIGUA BANDA ORIENTAL

por

EDUARDO F. ACOSTA Y LARA



LIBRARY OF THE  
SEP 14 1960  
MONTEVIDEO  
UNIVERSITY OF ILLINOIS

MUSEO DE HISTORIA NATURAL

Casilla de Correo 399

URUGUAY



507  
M 76a  
v. 6  
no. 5

ANALES  
DEL  
MUSEO DE HISTORIA NATURAL  
DE  
MONTEVIDEO

2ª Serie Vol. VI

1955

Nº 5

LOS CHANÁ-TIMBÚES EN LA ANTIGUA BANDA ORIENTAL

Por

EDUARDO F. ACOSTA Y LARA

*A Carlos A. de Freitas*

A más de sesenta años de que José H. Figueira estableciera las bases de nuestra etnología, el enriquecimiento por una parte de la literatura argentina sobre cuanto se refiere a tribus limítrofes, contemporáneas y culturalmente similares a las de la Banda Oriental y por otra, un más amplio conocimiento de la arqueología indígena de la cuenca rioplatense, permiten encarar la revisión de algunos conceptos clásicos que no creémos acertados. Uno de éstos, bastante difundido, es el de suponer que cuando el descubrimiento, se hallaban nuestras costas bajo una hegemonía charrúa poco menos que absoluta y total. Tres fueron en realidad, los grupos étnicos encontrados por los descubridores en la margen norte del Río de la Plata: Los charrúas, llamados "chaurruaes" por Diego García [<sup>1</sup> fol. 3r. y pág. 206], "zechuruass" por Ulderico Schmidel [<sup>2</sup> pág. 146], y "jacroas" por Fernández de Oviedo [<sup>3</sup> vol. 2, pág. 191]; los guaraníes, llamados a su vez "guarraníes" por García [<sup>1</sup> fol. 4 v. y pág. 209], quién los situaba en las islas del Delta del Paraná, y "guarenis" o "chandris" por Luis Ramírez, que en su famosa carta (<sup>1</sup>) escrita en San Salvador, Dpto. de Colonia el 10 de julio de 1528, decía: "aquí. con. nosotros esta. otra jeneración. que son. nros. amigos los quales. Se llaman. guarenis. y por otro nonbre. chandris." [<sup>4</sup> pág. 340]. El tercer y último grupo es el de los chaná, chaná-begú y chanátimbú, cuya existencia en nuestras costas cuando el descubrimiento, ha sido negada por algunos autores de verdadera jerarquía. En realidad sobre éste tema ya se ha expedido el profesor Antonio Serrano al hablar de los primitivos habitantes del territorio argentino y encarar lo concerniente a los chaná-timbú [<sup>5</sup>], sólo nos resta, pues, aportar nuevos elementos en pro de la tesis del eminente etnólogo entrerriano.

— I —

Bajo la denominación general de chaná-timbúes, se agrupa a una serie de parcialidades indígenas que habitaban el Río Paraná por lo menos durante la primera mitad del siglo XVI. Constituían este grupo étnico, los mepenes, mocoretáes, calchines, quiloazas, corondas, timbúes o atambures, caracaráes,

(1) El original de esta carta escrita por Luis Ramírez, partícipe de la expedición de Gaboto, se conserva en la Biblioteca del Escorial. Los fragmentos que ofrecemos pertenecen a la copia hecha por el Dr. Marcos Jiménez de la Espada, que tomamos de la obra de Madero [<sup>4</sup> pág. 330 a 352].

chaná-timbúes propiamente dicho, chaná-beguáes y chanáes. Extendidos al norte hasta la desembocadura del Río Paraguay, donde terminaba el dominio de los mepenes, al Sur llegaban hasta las islas del Delta del Paraná, habitadas algunas de ellas por los chaná-beguáes y chanáes, que pasaban a las tierras firmes de Entre Ríos y Buenos Aires al sobrevenir las grandes inundaciones. Los chanáes se extendían además por el Río Uruguay inferior hasta la boca del Río Negro, siendo evidente que en algunas de sus acostumbradas campañas de pesca alcanzaban latitudes mucho más septentrionales. En cuanto a los chaná-beguáes, o simplemente beguáes, hallazgos arqueológicos de que daremos cuenta, señalan que su esfera de influencia incluía nuestras costas sobre el Río de la Plata, y por lo menos, de oeste a este, hasta la desembocadura del Santa Lucía.

Los chaná-timbúes, usando esta denominación en su sentido general, vivían en continua guerra con las parcialidades guaraníes que habitaban también las islas del Delta, y se presentaban además en núcleos aislados a lo largo del Paraná. En estas guerras unos y otros hacían prisioneros de sus contrarios, conservando los timbúes a los guaraníes en calidad de esclavos e intérpretes, y destinando los guaraníes a los timbúes para la realización de sus prácticas de antropofagia <sup>(2)</sup>.

La penetración de Gaboto en el Paraná (1527), significó un recrudecimiento de ésta guerra con manifiesto perjuicio para los timbúes, enfrentados desde entonces a una verdadera alianza hispano-guaraní, que en el correr de los años habría de determinar el exterminio de su nación. Veamos el significativo episodio que nos narra Luis Ramírez:

“de aqui <sup>(1)</sup> enbio. El Señor. capitan. jeneral. <sup>(2)</sup> el vergantin. en con el. al teniente migel Rifós. con asta. con asta. treinta y cinco onbres. para. que fuese a dar vna mano. a los Tinbus. vna jeneración de las que aRiba dixe la qual habia sido hera contraria. a estos yndios. <sup>(3)</sup> que con nosotros. trayamos, y la cavsá fue que los dichos yndios. <sup>(4)</sup> abian benido. a la dicha ysla a ver al Señor capitan. e le abian traydo. cierta cantidad. de millo. cada vno dellos. y el Señor. capitan jeneral les abia. dado. a cada uno dellos. algunas quantas menudas. por ser poca la cantidad. del millo que abian. traydo. y ellos desto fueron. algo enojados diciendo que les abian de dar otra cosa mejor. en que. fueron. al vergantin. questaban. algo apartado de nosotros. e quisieron fechar los yndios que con. nosotros. trayamos questaban. cabe. el vergantin e ansi pasaron. buen trecho de la galera. amenazando. al S. capitan jeneral diciendo que hiban. muy enojados del y que. se lo abia de pagar. E visto esto por el. Señor. capitan. jeneral. enbio el dho. vergantin. como tengo dicho. por. temor. que hiendo de la manera que hiban no hiciesen alguna bellaqueria. a la fortaleza. tomandolos. sobre. seguros. el vergantin ydo. amanecio sobre. sus casas. e luego. saltamos en tierra. y los zercamos. dentro. en las casas. y les entramos. dentro y sin ninguna Resistion. que hellos. hiciesen. que como bieron que heramos cristianos. no tubieron animo para lebandarse. ni para tomar. arco. ni frecha. en fin. que matamos. muchos dellos y otros se pendieron. y. les tomamos todo el millo que en la casa tenian. e cargamos el vergantin. y quemamosles las casas. los yndios que con. nosotros yban. binieron. cargados desclavos de los dichos tinbus. y con mucho millo. y ansi. nos bolbimos. adonde. abiamos dexado la galera. donde nos Rezibieron. con mucha. alegria.” [4 pág. 341].

(2) La antropofagia de los guaraníes, en este caso a expensas de los chaná-timbúes, surge de manera irrefutable en el sumario hecho en Sevilla por Orden Real, sobre el origen y destino de los indios llevados a España por la expedición de Gaboto, (diciembre de 1530) [6 Vol. 2 pág. 175 y 178].

(1) Desde la Isla de Año Nuevo, en el Paraná.

(2) Sebastián Gaboto.

(3) Guaraníes.

(4) Timbúes.

Eran los chaná-timbúes gente de grandes proporciones, no sólo altos como para sobrepasar la estatura de los guaraníes y españoles, sino individuos de complexión general muy fuerte: "altos y bien formados", como dice Schmidel [2 pág. 157] observación que ha venido a ser confirmada por las investigaciones antropológicas [9 pág. 140]. Las noticias sobre la vestimenta de estos indios son muy pobres, especialmente para las tribus del Paraná. Sabemos apenas que entre los corondas las mujeres se cubrían las vergüenzas con un paño de algodón, y que tenían además aquellos indios muchos cueros de nutria [2 pág. 163], pero ignoramos en realidad si los empleaban como vestimenta. En cuanto a que los caracarás usaran cueras o coletos (5) para su defensa, como se ha dicho, basta con leer en su totalidad el párrafo de Oviedo para comprender que quienes usaban dichos coletos eran los propios españoles: "Susténtanse (6) de pescado, y tienen mucho y bueno; sacan del mismo pescado mucha y buena manteca, de que los chripstianos se aprovechan mucho, assi en su comer como para arder en los candiles, y para aderessar los cueros de venado, de que hacen vestido y calçado y cueras para su defensa [3 vol. 2, pág. 192].

Hay sin embargo dos referencias muy interesantes sobre la indumentaria de los beguáes del Delta. La primera es del marino portugués Pero Lope de Sousa, quien a fines de 1531 y principios de 1532, reconoció la margen septentrional del Río de la Plata, remontando asimismo una pequeña porción del Paraná por el Paraná Guazú. Dice así su relato: "Sendo a par das ilhas dos corvos, (1) d'antre hum arboredo ouvimos grandes brados, e fomos demandar onde bradavan: e saio a nós hum homen, á borda do rio, coberto com pelles, com arco e frechas na mão; e fallou-nos 2 ou 3 palavras guaraní, e entenderam-as os linguas, que levava; tornaram-lhe a falar na mesma lingua, nam entendeu; senam disse-nos que era beguoa chanaa e que se chamava ynhandú. E chegámos com o bargantin a terra, e logo vieram mais 3 homens e hũa molher, todos cobertos com peles: a molher era mui fermosa; trazia os cabellos compridos e castanhos: tinha hūs ferretes que lhe tomavam as olheiras: elles traziam na cabeça hūs barretes das pelles das cabeças das onças, com os dentes e com tudo" [8 vol. I, pág. 299].

La segunda referencia es de Barco Centenera, de cuando Garay y su gente se dirigían en auxilio de Ortiz de Zárate (1574), y debieron entrar con sus balsas por tierra de beguáes, en un "pequeño río de bosqueage...", donde se toparon con una canoa tripulada por un indígena poco menos que gigantesco, a quien acompañaban dos mujeres, "ninfas de buen traje".

"Allí nos esperaron grande pieza;

Y así como la barca hubo llegado,

El salvage se estira y endereza,

Y un escudo grandísimo ha embrazado:

Por yelmo un cuero de anta (2) en la cabeza,

El escudo era concha de pescado,

Y el baston que éste bárbaro tenia,

Servir de antena en nave bien podia." [7 pág. 136, Canto XIII].

La vestimenta pues de todos estos indígenas, cuando la usaban, se limitaría a pieles que llevaban a modo de capa, similar al quillapí de los charrúas, con el agregado de pampanilla o calambé para uso exclusivo de las mujeres, noticia esta última que debemos a Schmidel.

(5) Cuera o coleteo, chaleco o chaqueta de cuero que se usa sobre otras vestimentas o debajo de las armaduras.

(6) Los caracarás.

(1) Según Eugenio de Castro, las «ilhas dos corvos» son las actuales Dorado y Doradito, situadas en el Paraná Guazú. [8 Vol. I pág. 479, Nota 116, y Vol. II mapa Nº 7].

(2) Anta o tapir, *Tapirus terrestris* Gray, el mboreví de los guaraníes.

## — II —

Distintivo o adorno nacional de los chaná-timbú, común a hombres y mujeres, era perforarse la nariz para lucir en los agujeros pequeñas piezas brillantes o de color <sup>(1)</sup>. “Se ponen en cada lado de la nariz —dice Schmidel—, una estrellita de piedrecillas blancas y celestes” [2 pág. 157]. “Tienen —señala Rui Díaz—, las narices oradadas, donde sientan por gala en cada parte una piedra azul ó verde”. [15 pág. 10]. Lope de Sousa, al hablar de los chaná o chaná-timbú que vió en nuestras costas, dice también: “alguns delles furam os narizes, e nos buracos trazem metidos pedaços de cobre mui lucente” [8 vol. I, pág. 319]. Esta perforación nasal no sería la clásica practicada en el tabique por tantos pueblos salvajes, sino que habría consistido en agujeros realizados sobre las aletas de la nariz, uno por cada lado. Pero según Ramírez, el perforado nasal que presentaban estos indios era mucho más complejo, por lo menos entre caracarás, chaná-beguaes, chaná-timbúes y timbúes: “tienen todos, oradadas las narizes, ansi onbres como mujeres por tres partes y las orejas, los onbres, oradan los labios por la parte, baja destos.” [4 pág. 340]. Es decir que a la perforación de las aletas nasales agregaban la del tabique, y aún los hombres la del labio inferior, usual esta última entre guaraníes para colocar en ella el barbote o tembetá que los distinguía.

Se complementaba el tocado de los chaná-timbú con pendientes para las orejas, consistentes en placas de metal (cobre y latón) <sup>(2)</sup>, aparte de collares hechos con valvas de pequeños moluscos fluviales y marinos, dientes de mamíferos y cuentas de barro cocido, algunas prolijamente decoradas [9 pág. 141]. El tatuaje habría sido exclusivo de las mujeres, que lucían en la parte baja de la cara líneas o rasguños indelebles, al parecer azules [2 pág. 158].

Las distintas parcialidades del grupo chaná-timbú eran gente muy numerosa. Schmidel, si bien es observador dado a las exageraciones, habla de 15.000 timbúes, 12.000 corondas, 40.000 quiloazas, 18.000 mocoretáes y 100.000 mepenes. Rui Díaz menciona conjuntamente a timbúes y caracarás y dice: “son muy ingeniosos y hábiles, y aprenden bien la lengua española: fueron más de 8.000 indios antiguamente, y ahora han quedado muy pocos” [15 pág. 10]. Por lo menos de los timbúes sabemos que hacían sus chozas de esteras; “con sus apartamentos y muy bien hechas” [3 vol. II, pág. 192], estableciéndose los poblados en lugares altos y próximos a ríos y lagunas. Con excepción de los mocoretáes [3 vol. II, pág. 192], todos estos indios practicaban una agricultura rudimentaria, sembrando maíz y zapallos, pero sus recursos fundamentales provenían de la caza y la pesca, especialmente de la última, verdadera industria entre ellos, llegando los mepenes a guerrear por la posesión de sus zonas de explotación. Así nos lo dice Oviedo: “tienen guerra con los unos y con los otros sobre sus caças y pesquerias” [3 vol. II,

(1) El Dr. Samuel Lafone y Quevedo, cuyos trabajos en el campo de la historia y la etnografía apreciamos en su justo valor, entiende que timbú es voz que significa *nariz horadada*, [10 pág. 123], y ha de ser voz guaraní, ya que el padre Ruiz de Montoya S. J., en su vocabulario de ésta lengua anota Tymbú, que descompone en Ty, nariz, y Pú horadar, [11 Vol. III pág. 391]. Pareceríanos, valga nuestra modesta opinión, que timbú fuera también *los que respiran haciendo ruido*, ya que en otros vocabularios guaraníes que hemos consultado, se interpreta timbú como respiración fatigosa o ruidosa, y bien podían aquellos indios, dado sus adornos nasales, producir efectivamente al aspirar y espirar una sonoridad o ruido peculiares. En un trabajo reciente se ha expresado que los charrúas del Siglo XVI se ponían, como adorno, un tarugo en la nariz [59 pág. 245]. Desconocemos el origen de esa información, y no estamos en antecedentes de documento o escrito alguno que así lo establezca.

(2) Estas placas metálicas de que se ha encontrado algún material en tumbas indígenas del Delta del Paraná [12 pág. 257] y de la boca del Río Negro [38], [13 pág. 223], son consideradas tanto de procedencia hispánica como obtenidas por intercambio con pueblos precordilleranos [12 pág. 456]. El profesor Salvador Debenedetti ha hecho muy interesantes observaciones sobre el tema, al ocuparse del cementerio indígena de Baradero en la provincia de Buenos Aires [14 pág. 435 a 448].

pág. 193]. Conservaban el pescado: "sin los salar, porque no alcanzan sal, sino con abrirlos por medio a la larga y poniéndolos al sol hasta que esten muy secos, y cuelganlos en sus casas despues al humo, donde se tornan a curtir mas, y desta manera los tienen de un año para otro, y los mesmos hazen de la carne". <sup>(1)</sup> [9 pág. 16]. Las armas e implementos para la caza y la pesca, de los chaná-timbú, eran de tipo chaqueño: Arcos y flechas, éstas con punta de madera tostada o hueso, mazas o simplemente garrotes de madera dura, arpones y redes, y las "tiraderas", lanzas cortas arrojadizas mencionadas por Oviedo como vistas entre los timbúes y caracarás <sup>[3 vol. II, pág. 192]</sup>. Las puntas de flecha en sílex y las piedras de boleadora, elementos estos los más característicos de la industria charrúa, son excepción o faltan en los paraderos chaná-timbú <sup>(2)</sup>, encontrándose en cambio en ellos un variado repertorio de punzones, espátulas, agujas, etc. hechos en huesos largos de mamíferos y aves como en pitones de ciervo y venado. Son también muy dignas de mención, ciertas piezas de uso desconocido, consistentes en ramales de asta de ciervo con agujero central, en la que algunos especialistas han creído ver bastones de mando.

Al investigarse en los antiguos campamentos de estos indios es tan grande la cantidad y variedad de restos óseos exhumados de los fogones, que lógicamente se piensa en que no había especie plumífera ni pelífera en que aquéllos no hicieran presa. De ahí que al obtener perros de manos de los españoles, les cobraran gran aprecio, útiles como debían de serles en sus monterías. Dice así Oviedo refiriéndose a los timbúes: "Tienen muchos perros, como los nuestros grandes y pequeños, que ellos estiman mucho, los quales allá no avía, y se han hecho de la casta que quedó de quando Sebastian Gaboto y el capitan Johan de Junco anduvieron por aquella tierra" <sup>[3 vol. II, pág. 192]</sup>.

### — III —

Pueblo de navegantes por excelencia, en lo que evidentemente rivalizaron con los guaraníes, disponían los chana-timbú de magníficas canoas hechas de un sólo tronco de árbol, y en número por demás considerable. Los mepenes que vió Schmidel tenían quinientas <sup>[2 pág. 168]</sup>, y en el asedio de Buenos Aires y ataque a la flota de Mendoza (1535) intervinieron infinidad de ellas, con las que como es sabido, la coalición de naciones Chaná-Timbú, Querandí, Charrúa y Guaraní, lograron incendiar cuatro naves que se hallaban ancladas a media legua de la costa.

Evidentemente se ha exagerado en cuanto a las dimensiones de estas canoas y al número de remeros que las tripulaban, ya que conocidas las medidas de dos, <sup>(1)</sup> cuyos restos fueron encontrados, una en el antiguo lecho del Arroyo La Glorieta, zanjón que desemboca en el Canal Arias, tributario del Paraná de las Palmas <sup>[18 pág. 80]</sup>, y otra en la localidad de Zárate <sup>[9 pág. 52]</sup>, entendemos que cerca del Arroyo Baradero, podemos suponer que

(1) Esta observación que tomamos de Serrano pertenece a Alonso de Santa Cruz, partícipe de las expediciones de Gaboto (1527) y Mendoza (1536).

(2) En éste sentido constituye una verdadera excepción el túmulo funerario de Campana, en la provincia de Buenos Aires <sup>[16 pág. 63 a 92]</sup>, <sup>[17 pág. 244 a 260]</sup>. La presencia de material lítico consistente en puntas de flecha y dardo, morteros, piedras de honda y boleadora, etc., en un túmulo como el de Campana, donde se encontraron también innumerables fragmentos de alfarería grabada, apéndices zoomorfos, arpones y otros implementos hechos en hueso y cuerno de ciervo, elementos todos éstos representativos de la industria chaná-timbú, solo se explica admitiendo que en el correr de los años el lugar fuera sucesivamente habitado por diferentes tribus y naciones.

(1) De estas dos canoas, la primera está hecha en timbó, y tiene una eslora de mts. 10.30 por mts. 00.70 de manga. La segunda es de cedro con aproximadamente mts. 08.60 de eslora y mts. 00.43 de manga. Lamentablemente no puede decirse con certeza cuál de estas dos canoas es chaná-timbú y cuál guaraní, ya que nada se sabe de las características diferenciales, si es que las había, entre las embarcaciones de una y otra nación.

el término medio de ellas no pasaba de 10 u 11 metros, que era el largo aproximado de los cachiveos, canoas monoxilas de tribus que hasta hace unos años subsistían en el Paraguay. En cuanto al número de remeros, Schmidel habla muy cueradamente de dieciséis para las canoas timbú y veinte para las mepén, tripulaciones bien que numerosas si se considera que en las embarcaciones de los payaguás, aquellos formidables navegantes del Río Paraguay, los remeros no pasaban de diez, para canoas de algo más de ocho metros de eslora [18 pág. 79]. En cuanto a las "almadías" que viera Lope de Sousa en nuestras costas, es evidente que en canoas de "10 o 12 braças de comprido e mea braça de largo" (2), no podían remar 40 hombres, todos en pie, a menos que las "almadías" fueran realmente dos canoas, y de las más grandes, unidas para formar una balsa como la que utilizó el Padre Cayetano Cattáneo S. J. en su memorable viaje por el Río Uruguay, desde Buenos Aires hasta la reducción de Santa María, en las Misiones (1730), y aún en éste caso los remeros eran sólo veinticuatro, vale decir doce por canoa o por banda de la balsa [19 pág. 284 a 309].

Del idioma de los chaná-timbú en general, apenas si se conocen unas cuantas palabras aisladas tales como "quirimbata" (1) [9 pág. 16], nombre de un pez del Paraná, posiblemente el sábalo grande, (*Prochilodus* sp.), y algunos sustantivos o quizás apodos de caciques, como "Tugalbampen", "Quendiopen", "Maohun", "Calpiyuatin" y "Delaxan" [20 pág. 15 y 18]. Del chaná en particular se tiene mejor conocimiento, gracias a que el Padre Larrañaga tomó nota, allá por el 1813, de las palabras que le proporcionaron algunos indios viejos que aún subsistían en la antigua reducción de Santo Domingo de Soriano (2). Estábamos en antecedentes [21 pág. XLIII], de otro vocabulario con palabras chaná, charrúa, guaraní, etc., reunidas por Federico Sellow, naturalista alemán que recorrió parte de nuestro país entre 1826 y 1827, pero debemos lamentar la pérdida de éste documento, que conservado con otros manuscritos también inéditos de Sellow en el Museo Botánico de Berlín-Dahlem, resultaron destruidos durante la pasada guerra mundial (1939-1945) (3). En cuanto a las vinculaciones del chaná-timbú con otras lenguas indígenas rioplatenses, Outes ha señalado la coexistencia de un gran complejo lingüístico güenoa-chaná (güenoa, yaro, bohané, charrúa, minuán, chaná-beguá y chaná-timbú [23 pág. 231 a 237], en el que deberemos incluir el querandí, como posiblemente vinculado a las formas dialectales de los chaná-timbú del Paraná (timbúes, corondas, quiloazas, etc.), (9 pág. 144). Agregaremos que al llegar los españoles al Plata ya se encontraron con los síntomas de un proceso de guaranización idiomática del chaná-timbú, y de ahí los nombres evidentemente *geral* que ostentaban algunas parcialidades. Es el caso de los timbúes, los beguáes o mbeguáes, los caracaráes y también el del cacique Cherá-guazú. Más adelante se conocieron otras denominaciones

(2) «10 ó 12 braças de comprido a mea braça de largo», equivalen, salvando menudencias, a mts. 16.70 o mts. 20.00, por mts. 00.80 de manga.

(1) Por más que ésta palabra tomada del Islario de Alonso de Santa Cruz ha sido considerada chaná-timbú, creémos prudente aceptarla con reservas en calidad de tal, ya que de las dos formas en que se denomina al sábalo en guaraní, pirá-eté y kirimbata, ésta última es similar por no decir idéntica a quirimbata. Es además digno de destacarse, que en el ya nombrado vocabulario guaraní del Pdre. Montoya figura: «quirymbatá, fabalo pece» [11 Vol. III pág. 334]. Pudiera tratarse también de una palabra chaná-timbú adoptada por los guaraníes.

(2) El código chaná de Larrañaga ha sido estudiado en distintas épocas por Samuel Lafone y Quevedo ([10 pág. 135 a 146], Luis María Torres [12 pág. 467 a 478], Antonio Serrano [22 pág. 80 a 89] y Sixto Perea y Alonso [21 pág. XIII a CIII], éste último ocupándose preferentemente de las posibles vinculaciones con el arawak. Señalaremos también la publicación hecha por el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, como parte de los «Eseritos» del ilustre prelado [28 Vol. III pág. 163 a 174].

(3) Agradecemos esta información a la Sta. Dra. Eva Potztal del Museo Botánico de Berlín - Dahlem, a quien nos hemos dirigido por intermedio de nuestro amigo el señor F. C. Müller - Melchers, distinguido colaborador del Museo de Historia Natural de Montevideo.

guaranizantes como ser las de los caciques Aguará y Tubicha-miní, este último el mismo "Quendiopen" ya citado en líneas anteriores.

No creémos que por el momento pueda hablarse de unidad cultural chaná-charrúa, tomando como base exclusiva el hecho de que tales naciones tuvieran algunos vocablos en común, máxime considerando que dichos vocablos fueron recogidos por viajeros y predicadores en época posterior a la conquista. Esta al destruir el equilibrio étnico que existía entre los pueblos del Plata, determinó o aceleró un mestizaje de tribus que de otro modo quizás hubiera tardado siglos en producirse. Los chanáes y lo mismo podríamos decir de los guaraníes, al participar de campañas españolas contra charrúas, regresaban a sus tierras trayendo infinidad de prisioneros, generalmente mujeres y niños que de hecho quedaban incorporados a la vida de las reducciones. Otro tanto hacían los charrúas en su continuo merodear, procurándose cautivos de las poblaciones indígenas semi-civilizadas, ya fueran chanáes o guaraníes, que luego iban a vender a los colonos españoles de Santa Fe [29 pág. 150 a 178]. Este tráfico humano debe haber dejado, necesariamente, vinculaciones chaná-charrúas, étnicas en general y lingüísticas en particular, tales las que vemos en los códigos chaná de Larrañaga y charrúa de Vilardebó, ninguno anterior a la primera mitad del siglo XIX. Pero nada autoriza a admitir una identidad cultural chaná-charrúa pre-hispánica, que es la que verdaderamente podría interesar para el estudio de unos y otros aborígenes. Entendemos por identidad o unidad cultural, por lo menos la que existió entre charrúas y minuanes o entre guaraníes y tupíes.

#### — IV —

Aunque no se tiene certeza de la posición sistemática de los chana-timbú como grupo étnico y cultural, en principio se los considera como participantes del cuadro cultural de los indígenas chaqueños [24 pág. 21], vinculados además, parece ser, por el idioma y el detalle de ciertos tipos de cerámica, con algunos grupos arawak, o por lo menos portadores de dicha cultura. La clave o puente de estas relaciones podría encontrarse en la arqueología y antropología del Paraguay y de las comarcas centrales del Brasil, terrenos que en muchos aspectos permanecen vírgenes a la investigación. Sería de particular interés, efectuar un relevamiento arqueológico de la zona que ocupaban los extinguidos "kueremagbeis" de Schmidel [2 pág. 169] o "conamaguas" de Irala [2 pág. 394] (1), indios altos y corpulentos, así hombres como mujeres, y de los que el cronista alemán hace la siguiente observación: "Estos hombres se horadan las narices y en la aberturita meten una pluma de papagayo" [2 pág. 169]. Como algunas tribus de Rondonia, Mato Grosso, Brasil, tribus que hablan arawak, usan el mismo distintivo (2), sería del caso preguntarnos si los kueremagbeis o conamaguas no habrán sido también un pueblo de características arawak, posible núcleo irradiante que vendría a explicar la presencia de elementos lingüísticos y culturales arawak entre los indígenas de la cuenca rioplatense.

El estudio de la cerámica de los chaná-timbú, nos permite apreciar por lo menos dos etapas en la evolución de su cultura. De una etapa primitiva, la más antigua que se conoce de estos indios, existente ya varios siglos antes del descubrimiento, ha quedado una cerámica que usualmente se presenta lisa, sin asas, aunque en casos con agujeros de suspensión, limitado su decorado,

(1) Según Schmidel, se encontraba a estos indios luego de penetrar por el Río Paraguay, a los ocho días de dejar el territorio de los mepenes [2 pág. 169]. Más explícito es Domingo de Irala, de cuya carta con instrucciones para los navegantes que remontaran los ríos Paraná y Paraguay (1541), tomamos el siguiente párrafo: «de ally en la voca del paraguay hasta el xpety (Bermejo?) ques un rryo turbyo q. entra en el biben los conamaguas e son yndios q. no nos an hecho dapño». [2 pág. 394]. Kueremagbeis, conamaguas, deben ser los mismos conamegoals de la carta de Luis Ramírez [4 pág. 346].

(2) Nos referimos a las del grupo Paressi [25 pág. 349 a 360].

cuando lo tiene, a guardas u otros motivos geométricos obtenidos mediante incisiones rítmicas (punteado), o lineales (zurcos), lográndose de la combinación de estos elementos, ya sea áreas de punteado limitadas o no por trazos lineales, grecas simples o múltiples, triángulos, rombos, rectángulos, líneas en zig-zag y escaleriformes, libres o comprendidas dentro de paralelas, etc., variedad de figuras que se repiten sucesivamente hasta completar un verdadero cingulum. En este plano el indio desarrolló temas que merecen calificarse de magníficos, aunque no se encuentra en ellos, ni aún en los más complejos, prueba de que el remoto artífice ensayara jamás otros motivos que no fueran los puramente geométricos. A esta primera etapa que ha dado en llamarse modalidad cultural básica del litoral, y siempre en épocas anteriores al descubrimiento, sucedió una segunda, en la que por influencia de elementos arawak, la cerámica de los chaná-timbú se vió enriquecida con profusión de representaciones plásticas, asas o apéndices zoomorfos agregados a las vasijas y cachorros (que en lo fundamental de las formas y del decorado inciso poco varían de los de la modalidad anterior), aparte de ciertas piezas de tipo particular, las llamadas alfarerías gruesas, en las que también son usuales los apéndices zoomorfos y donde el decorado inciso alcanza sus expresiones más complejas <sup>(1)</sup> cerámica ésta cuya aplicación y significado místico o práctico permanecen aún en el terreno de las incógnitas. Una penetración cultural arawak realizada por el Paraná, de norte a sur, y proveniente quizás del Alto Paraguay <sup>(2)</sup>, habría determinado, pues, por fusión con la modalidad básica del litoral esta nueva modalidad, la de los ribereños plásticos o plásticos paranaenses, que detenida en su desplazamiento hacia el sur, primero por los guaraníes del Delta, y luego por la conquista española, apenas si alcanzó a rozar las costas uruguayas, subsistiendo en éstas como usual, la modalidad cultural primitiva, básica del litoral, llamada por su continuidad, básica litoral persistente. A propósito de vinculaciones o por lo menos coincidencias entre las modalidades arawak y las de la cuenca rioplatense, nos queda por agregar una señaladísima observación del profesor Antonio Serrano, y es la de que los indígenas que habitaban los médanos de Colón, provincia de Entre Ríos, sobre el Río Uruguay, incluían, exprofeso o no, en la composición de las pastas para su cerámica, una buena cantidad de espículas de esponja de agua dulce (*Uruguia corallioides*), técnica ésta que sólo ha sido señalada en grupos indígenas de la región amazónica, mucho de ellos identificados como arawak [24 pág. 30] <sup>(3)</sup>. Por lo que se refiere a nuestro país, y en términos generales, consideraremos plásticos paranaenses a los timbúes, y básicos litorales a los chanáes y a los beguáes. Ahora bien, hemos

(1) En las alfarerías gruesas el decorado inciso presta mayor realce a las figuras zoomorfas y da lugar, además, a ciertos dibujos que bien pudieran ser manifestaciones ideográficas elementales, signos que por el momento no es posible interpretar. Dentro de la clasificación realizada en nuestro medio por el Sr. Carlos A. de Freitas para las cerámicas decoradas del Delta del Río Negro, estos dibujos corresponden a la 15a. categoría [26 pág. 33].

(2) Estos conceptos son absolutamente hipotéticos, ya que por el momento lo único que puede asegurarse es que la alfarería de los chaná-timbú del Paraná acusa la presencia de una influencia arawak, sin que alcancemos a comprender, como lo dice Serrano, cuáles han sido los resortes y caminos de tal influencia [24 pág. 29].

(3) Hemos encontrado espículas de esponja de agua dulce en la casi totalidad de las alfarerías de Salto Grande y costas de los Dptos. de Paysandú y Río Negro, inclusive en aquellos fragmentos atribuibles a los guaraníes. Ahora bien, el investigador debe de estar alerta para no confundir como parte de la mezcla de estas cerámicas a las espículas de ciertas pequeñas esponjas que aparecen fijadas en las resquebrajaduras y porosidades de los bordes de rotura de muchas piezas, como así mismo en las zonas profundas de los grabados. Estas esponjas, (colonias de *Uruguia corallioides* en formación), al igual que otros organismos acuáticos deben de haberse adherido a los fragmentos de alfarería cuando por inundaciones, hundimiento de terrenos, etc., los antiguos paraderos indígenas quedaron algún tiempo bajo las aguas. Tendrán pues valor arqueológico, sólo aquellas espículas que se obtengan en las capas relativamente profundas de los fragmentos, por lo que éstos deberán ser raspados o partidos en aquellos lugares de donde se desée retirar muestras.

dicho que el decorado inciso de los básicos litorales poco varía en lo fundamental con el de los plásticos paranaenses, pero esto, referido en cuanto a la elección de motivos, geométricos en ambos casos, no puede hacerse extensivo al proceso del grabado, al trazo en sí, ya que es diferente en una y otra modalidad cultural. En distintos puntos del Río Paraná [<sup>61</sup> pág. 23], [<sup>9</sup> pág. 63], y aunque con menos frecuencia, en nuestro país, sobre la franja de costa que se extiende desde la desembocadura del Río Negro hasta la del Santa Lucía aparece un trazo donde al punzón, muchas veces romo y de sección rectangular, se le imprimió simultáneamente un movimiento de traslación (zurco), y otro de penetración rítmica (punteado), pero sin que en ningún momento, debido a las alternancias del punteado, el instrumento grabador llegara a interrumpir completamente el trazo lineal o zurco. Este zurco-punteado, por el área de distribución geográfica en que se lo encuentra, y por ser casi el exclusivo que aparece en las representaciones zoomorfas [<sup>24</sup> págs. 1-118], [<sup>30</sup> págs. 15-64], puede muy bien ser considerado como característico de los plásticos paranaenses y como prueba en nuestro medio del establecimiento de timbúes en las playas de la Banda Oriental. En cuanto a los decorados chanáes y beguáes, y tal como lo hemos visto, incluyen el zurco y el punteado o sus combinaciones, pero siempre como elementos separados y definidos entre sí, es decir con exclusión de lo que llamamos zurco-punteado.

— V —

Decíamos al principiar éstas páginas, que varios autores han negado que hubiera indios chanáes en nuestro territorio antes del descubrimiento y la conquista rioplatense. El historiador Salvador Canals Frau es de ésta opinión, y entiende que el único grupo chaná que tuvo asiento en terrenos orientales, lo fué de indios de encomienda, oriundos del Baradero en la provincia de Buenos Aires, y llevados a Santo Domingo de Soriano luego del reparto de tierras e indígenas hecho por Garay en los primeros meses de 1582 [<sup>20</sup> pág. 23 a 28]. Samuel Lafone y Quevedo era de la misma idea cuando publicó el trabajo sobre los chaná (1897) [<sup>10</sup> pág. 130 a 134], pero parece ser que la rectificó en su Etnología Argentina (1909), ya que en ésta expresa o admite lo siguiente: "Los puntos céntricos y relativamente primitivos <sup>(1)</sup> de la gran nación Chaná se encuentran en las islas del Delta en el Río Negro (Oriental del Uruguay), y en el Baradero (de Buenos Aires)" [<sup>27</sup> pág. 178 a 179]. Por su parte Canals Frau ha mantenido sus puntos de vista, y así los ha expresado en un reciente trabajo [<sup>59</sup> pág. 258].

Remitiéndonos a las viejas crónicas del descubrimiento, aparte de los "chaurruaes" de García, "zechuruass" de Schmidel y "guarenis" de Ramírez, figuran también en ellas, como vistos en nuestras costas, otros indios no identificados por entonces, pero que hoy, atendiendo a sus características y al material arqueológico exhumado de los lugares que ocupaban, podemos considerar como pertenecientes a alguna de las varias parcialidades chaná-timbú ya mencionadas: chaná, chaná-timbú, mbeguá, etc.

Poco aportan a nuestro tema los relatos del viaje de Solís (1516) apenas estos versos de Centenera, que si bien desacertados en lo fundamental, ya que Solís ni fué muerto por timbúes ni lo fué en el *Río de la Traición* <sup>(2)</sup>, establecen indirectamente, observación valiosa por la época en que fué hecha <sup>(3)</sup>, que el mencionado río era frecuentado o habitado por aquellos indios:

(1) Entendemos que el Dr. Lafone y Quevedo llama puntos céntricos y primitivos a los que existían ya antes de la llegada de los españoles.

(2) El Río de la Traición, que con éste nombre figura en algunos mapas antiguos del Río de la Plata, es el hoy conocido por arroyo Solís Grande, límite entre los departamentos de Canelones y Maldonado.

(3) Martín del Barco Centenera llegó a nuestras costas a fines de 1573 en calidad de capellán de la expedición de Ortíz de Zárate. Como se sabe, él es el autor del poema histórico «La Argentina» publicado en Lisboa en 1601.

“Después á los quinientos y trece años,  
 Contados sobre mil del nacimiento  
 De aquel que padeció por nuestros daños,  
 Dió Juan Diaz de Solís la vela al viento,  
 Al Paraná <sup>(4)</sup> aportó, dó los engaños,  
 Del Timbú le causaron finamiento,  
 En un pequeño rio de grande fama,  
 Que á causa suya de Traicion se llama” [7 pág. 10, Canto I].

De cuando la flota de Magallanes reconoció el Río de la Plata en enero de 1520, y algunas naves se mantuvieron al ancla en las costas de Colonia <sup>(1)</sup> mientras la “Santiago” remontaba el Río Uruguay, “y estuvieron en venir quince días”, y otras dos navés hacían observaciones en la costa argentina, “y estuvieron en venir cuatro días”, en esa improvisada base de operaciones donde el agua era dulce, “tan buena como la del Río de Sevilla” [<sup>31</sup> vol. 3, pág. 290], fueron vistos unos indios que huyeron en cuanto los expedicionarios pretendieron desembarcar. Se ha venido asegurando, creémos que por el solo hecho de que fueron encontrados en nuestras costas, que estos indios eran charrúas, cuando hubiera bastado la característica de que eran canoeros [<sup>31</sup> vol. 3, pág. 290] para descartarlos como tales <sup>(2)</sup>. Debía de tratarse, pues, de chaná-timbúes o de guaraníes, quizás de los primeros a juzgar por las proporciones de uno de ellos que llegó por la noche a la nave capitana,

<sup>(4)</sup> Centenera y sus contemporáneos denominaban frecuentemente Paraná al Río de la Plata.

<sup>(1)</sup> Siguiendo a Pigafetta, cronista de la expedición, parecería que ésta hubiera hecho recalada y aprovisionamiento de agua en el Cabo de Santa María [<sup>30</sup> pág. 11], hoy Punta del Este, y no en las costas de Colonia. El error de ésta apreciación surge de la lectura del diario de navegación llevado por Francisco Albo contra maestre de la nao Trinidad [<sup>32</sup> Vol. 4 pág. 211]. (Ver apéndice Nº 1). Además y para quienes han pretendido que en su magnífica rudeza los marinos españoles consideraban potables las aguas del estuario a la altura de Punta del Este, van estos párrafos de Oviedo, quien los escribió informado por Alonso de Santa Cruz: «é corriendo desde el dicho Cabo de Sancta Maria al Hueste, diez é siete ó diez é ocho leguas, comienza á ser el agua dulce é potable, la tierra adentro, porque hasta alli el agua es salada, como la misma mar» [<sup>3</sup> Vol. II pág. 172].

<sup>(2)</sup> Los charrúas, ya lo ha señalado el historiador Paul Groussac [<sup>33</sup> pág. 391], no fueron un pueblo de conoeros como tampoco lo fueron los guaycurúes ni los pampas, ni otros muchos pueblos americanos, ya habitaran la Patagonia, el Chaco, o el Brasil Central. Cazadores de las llanuras por excelencia, nuestros principales aborígenes vivían en perpetuo nomadismo, regido éste ya fuera por la extinción local de las especies zoológicas estables, como por el seguimiento de las que se desplazaban obedeciendo a razones de orden climático o biológico, sequías, fructificación de los grandes palmares, etc.. Así como los pieles rojas acompañaban a los rebaños de bisontes en sus marchas de centenares y aún miles de kilómetros, así los charrúas marchaban también tras los grupos de venados y avestruces que pululaban entonces por nuestras praderas. Hoy aquí, mañana allí, siempre peregrinos y siempre en su patria, como dice Lozano [<sup>34</sup> Vol. I pág. 409]. Pero los charrúas no fueron canoeros y menos navegantes. Como es sabido viajaban siempre por tierra, cruzando el Río Uruguay única barrera que se oponía a su frecuente pasaje de comarcas orientales a occidentales, por las muchas calzadas de piedra que se inician y repiten hacia el norte a partir del Salto Chico, los hoy llamados pasos de Itapeby, Ceibalito, Arapey, Boycuá, Yacuy, El Tigre, Itacumbú, etc.. En cuanto al Río de la Plata, sus aguas turbias, sus costas abiertas y desoladas, tan frecuentemente barridas por los vientos australes, su fauna que no tiene ni las ventajas de la marítima ni de la fluvial, sus pocos islotes que sólo ofrecen aridez al que los visita, tan pobres elementos que en los meses de invierno llegan a determinar un panorama verdaderamente hostil, no hubieran hecho de los charrúas ni de ningún otro pueblo una nación de navegantes. Además, y ésto es importante, nuestra flora indígena no ofrece especies arbóreas que por sus proporciones sean adecuadas para construir canoas. Convengamos pues, en que sólo podían ser vistos zurecando las aguas del Plata, grupos de chaná-timbúes o guaraníes, adelantados todos ellos en el arte de la pesca y la navegación, dueños de técnicas y recursos que habían desarrollado en ambientes más propicios que el nuestro.

y que de acuerdo con la cita de Pigafetta era: "de estatura gigantesca y con voz tan bronca que parecía un toro" [<sup>30</sup> pág. 10] (<sup>3</sup>).

La entrevista con éste indio debe haber sido muy pintoresca, y así nos la narra otro cronista de la época: "iba vestido de vna Pelleja de Cabra, i Magallanes le mandó dár vna Camisa de Lienço, i otra Camiseta de Paño colorado; i estando vestido, le mostraron vna Taça de Plata, por vér si la conocia: pusosela en los pechos, i dixo, que de aquello havia mucho entre ellos. Otro día de mañana se fué a Tierra, i nunca mas parecio" [<sup>31</sup> vol. 3, pág. 290].

Es de lamentar que Luis Ramírez no sea más explícito en cuanto a los indios que vivían en San Salvador a la llegada de la expedición de Gaboto, en marzo o abril de 1527. Había desde luego guaraníes, ya que en la carta así se dice: "aqui. con. nosotros esta. otra jeneraçion. que son. nros. amigos los quales. Se llaman. guarenis y por otro nonbre, chandris. estos andan de-llamados por esta tierra y por otras muchas. como cosarios. a cabsa de. ser. enemigos de todas estotras naçiones y de otras muchas. que adelante dire. son. jente. muy traydora. todo lo que azen. es con traycion" [<sup>4</sup> pág. 340]. Pero como la mencionada carta fué escrita cuando la expedición llevaba bastante tiempo en el Río de la Plata y había cumplido ya su memorable campaña por el Paraná, no sabemos si estos guaraníes estaban en San Salvador al llegar Gaboto, o si eran de los que se habían plegado posteriormente a los españoles, acampando con ellos, proporcionándoles alimentos y secundándolos en sus operaciones contra otras naciones indias. La arqueología demuestra, como lo veremos oportunamente, que las costas al oeste del Dpto. de Colonia eran frecuentadas por guaraníes y chaná-timbúes, que procedentes del Paraná hacían escala en dichas costas de paso para el Río Uruguay, que les era bien conocido. De cualquiera de estas dos naciones podían ser los indígenas que encontró Gaboto al llegar a San Salvador, y de los que recogió noticias de Francisco del Puerto, el grumete que escapó a la masacre de Solís (1516). Ahora bien: a estar con el detalle de sus vestimentas (<sup>1</sup>) nos parecería que hubieran sido del grupo chaná-timbú, probablemente beguáes del Delta por lo menos los que acompañaron a Ramírez en su accidentado viaje en procura de alimentos, viaje que así narra su protagonista: "y estando en esta nezesidad me fue forzado. lo vno. por. qunplir el mandado de la persona a quien el. Señor Capitan jeneral abia dexado alli. lo. otro por tener que comer y no morir de anbre. de yr doze leguas del Real en vna canoa. con vnos yndios. a sus casas. a Resgatar carne y pescado. y en el camino se lebanto vn tiempo. que nos tomo de noche. en la mitad del Rio de manera que yo hube de echar al Rio quanta Ropa llebaba. y los yndios sus pellejos y aportamos. a vna ysla questaba en mitad. del Rio la canoa lleno de agua que fue. el mayor misterio del mundo. escapar. en aquella ysla estubimos desde domingo asta miercoles. siguiente a cavsa de andar todabia. el Rio muy sobernio". [<sup>4</sup> pág. 339] (<sup>2</sup>).

Creémos del caso, ya que hemos tratado de la expedición de Gaboto, incluir una cita de Oviedo, informado éste de los asuntos del Plata, como

(<sup>3</sup>) Los guaraníes eran de estatura mediana a baja. Azara dice que a su parecer, median dos pulgadas menos que los españoles [<sup>35</sup> Vol. II pág. 34], referencia por demás arbitraria, mientras que D'Orbigny con datos más concretos establece un promedio de 1.62 mts. para los hombres y 1.49 mts. para las mujeres [<sup>36</sup> Vol. 4 pág. 325].

(<sup>1</sup>) Los guaraníes salvajes andaban completamente desnudos, pero las mujeres usaban pampanilla de algodón (?) o de plumas de diferentes colores. No hay referencia alguna de que estos indios vistieran capas de pieles o quillapies a la usanza chaná-charrúa. En cuanto al *tipoy* clásico, debe de considerársele como indumentaria exclusivamente misionera.

(<sup>2</sup>) Basta con observar un mapa del Río de la Plata para comprender que los viajeros salieron de San Salvador o San Lázaro en la desembocadura del Arroyo San Juan, rumbo al oeste, es decir hacia las islas del Delta del Paraná, y que estando a mitad de la trayectoria fueron sorprendidos por un temporal del suroeste que lógicamente los arrasó al noreste, «a vna ysla questaba en mitad. del Rio», no otra que Martín García.

hemos visto, por Johan de Junco y también por Alonso de Santa Cruz, ambos partícipes de aquella expedición. Nos referimos a cuando el cronista hablando de nuestras costas situó en ellas a los "jacroas", que lo mismo pueden ser charrúas que yaros, para agregar luego: "y mas adelante en la mesma costa, passando el rio Nero, está otra gente que se dice chanastinbus, que viven en islas de la costa ya dicha, y que se mantienen de pesqueria y siembran algun poco de mahiz y calabças de las nuestras de España, pero mayores; é tienen muchas pieles de nutras y buenas, y venados grandes y pequeños" [3 vol. 2, pág. 191]. El valor del testimonio de Oviedo es incuestionable, por más que el cronista cayera en el error de suponer al Río Nero o Negro como desembocando directamente en el Río de la Plata, "quatro leguas", más adelante del Río "Sanct Salvador", donde dice que: "está el rio Negro, que es muy grande, é tiene á la boca tres islas en triángulo" [3 vol. 2 pág. 177] <sup>(1)</sup>. Habría otro testimonio de interés, y sería el que en el mapa de la edición latina del viaje de Schmidel <sup>(2)</sup>, figuren en el mismo territorio que "zecurúas", algo más arriba, "tiembús", aproximadamente en la latitud que vendría a ocupar la desembocadura del Río Negro, pero no sólo falta éste sino que falta también el Río Uruguay, con lo que la Banda Oriental y la actual provincia de Entre Ríos aparecen confundidas.

Dijimos ya, que a fines de 1531 y principios de 1532, las costas septentrionales del Río de la Plata como asimismo algunas islas del Delta del Paraná, fueron exploradas por el marino portugués Pero Lope de Sousa, observador entusiasta, quien nos dejó magníficas descripciones de los indígenas que encontró a su paso. Habla el navegante de la visita que hiciera al Cerro de Montevideo (23 de noviembre de 1531) para referirse luego a otro lugar situado más al oeste, probablemente entre el Río Santa Lucía y el Arroyo San Gregorio: "E eu fui com 10 homês pela terra ver se achava rasto de gente: nam achei nada; senam rasto de muitas alimarias, e muitas perdizes e cordonizes, e outra muita caça. A terra he mais fermosa e aprasivel que eu já mais cuidei de ver: nam havia homem que se fartasse d'olhar os campos e a fermosura delles". [8 vol. I, pág. 277, vol. II, mapa N<sup>o</sup> 7].

De éste lugar, y con fecha 25 de noviembre de 1531 se continuó el viaje: "Parti bem tarde; — duas horas de sol, com tençam de andar a noite toda; indo ao longo da costa, por fundo de 6 braças d'area limpa. Sendo 2 leguas dond'e partira, saíram da terra a mim 4 almadias, com muita gente: como as vi puz — me á corda com o bargantim para esperar por ellas: remavam-se tanto, que parecia que voavam. Foram logo comigo todos; traziam arcos e frechas e azagaias de páo tostado, e elles com muitos penachos todos pintados de mil cores; e chegaram logo sem mostrarem que haviam medo: senam com muito prazer abraçando-nos a todos: a fala sua não entendiamos; nem era como a do Brasil; falavam do papo como mouros: as suas almadias eram de 10, 12 braças de comprido e mea braça de largo: o páo dellas era cedro, muy bem lavradas: remavam-nas com hûas pás mui compridas; no cabo das pás penachos e borlas de penas; e remavam cada almadia 40 homês todos em pé: e por se vir a noite nam fui às suas tendas, que pareciam em hûa praia defronte donde estava; e paraciam outras muitas almadias varadas em terra: e elles aceonavam que fosse lá, que me dariam muita caça; e quando viram que nam queria ir, mandaram hûa almadia por pescado: e foi e veo em tamanha brevidade, que todos ficamos espantados: e deramnos muito pescado: e eu mandeilhes dar muitos cascaveis e christallinas e contas: ficaram tão contentes e mostravam tamanho prazer, que parecia que queriam saír fóra do seu siso: e assí me despedi delles" [8 vol. I, pág. 279].

(1) Las tres islas mencionadas por Oviedo deben ser las de Vizcaino, Yaguarí, y Lobos, situadas en el extremo suroeste del Dpto. de Río Negro.

(2) Publicada por Levino Hulsio, en Nuremberg, año 1599.

Un mes después ya regresaba Lope de Sousa del Paraná, escribiendo por entonces en su diario: "Sabado 21 de dezembro como foi menhãa acalmou o vento; e saí do rio, a que puz o nome —de Sam João <sup>(1)</sup>. Saltou o vento ao esnoroeste, e dei á vela: e 2 leguas do dito rio de Sam João achei a gente que á ida topára nas tendas; e saíram-me 6 almadias, e todos sem armas, senam vinham com muito prazer abraçar-nos: e o vento era muito; e fazia gram mar; e elles acenavam-me que entrasse para hum rio, que junto das suas tendas estava. Mandeí la hum marinheiro a nado, para ver se tinha boa entrada: e veo e disseme que era muito estreito, e que nam podíamos estar seguros da gente, que era muita: — que lhe parecia que eram 600 homens; e que aquillo, que pareciam tendas que eram 4 esteiras, que faziam hũa casa em quadra, e em riba eram descobertas: e fato lhe nam víra: senam reides da feição das nossas. Como vi isto me despedi delles; e lhes dei muita mercadoria; e elles a nós muito pescado. E vinham apoz de nós, hûs a nado e outros em almadias, que nadam mais que golfinhos; e da mesma maneira nós com vento á popa muito fresco: — nadavam tanto quanto nós andavamos. Estes homens sam todos grandes e nervudos; e parece que tem muita força. As molheres parem <sup>(2)</sup> todas mui bem. Cortan tamben os dedos como os do cabo de Santa Maria <sup>(3)</sup>; mas nam sam tam tristes. Como me parti delles, mandei encher as vasilhas de agua doce; porque nos achegavamos á enseada onde se ajunta a agua doce com a salgada. Indo iso houve vista do monte de S. Pedro <sup>(4)</sup>; e anoiteceume hũa legua delle; e acalmou-me o vento" [8 vol. I, pág. 304].

Algunos días después, el 26 de diciembre, Lope de Sousa hacía las siguientes observaciones encontrándose en las proximidades del "rio dos Beguoais", actual Solis Grande [8 vol. I, pág. 480, nota 145, vol. II, mapa N° 7]. "E andando pela terra em busca de lenha para nos aquetermos fomos dar n'hum campo com muitos páos tanchados e reides, que fazia hum cerco, que me pareceu á primeira que era armadilha para caçar veados; e depois vi muitas covas fuscas, que estavam dentro do dito cerco das reides; então vi que eram sepulturas dos que morriam: e tudo quanto tinham lhe punham sobre a cova; porque as pelles, com que andavan cobertos, tinham ali sobre a cova, e outras maças de páo, e azagaias de páo tostado, e as reides de pescar

(1) Este Río de Sam João en cuya desembocadura se había anclado el día antes, puede ser tanto el Arroyo Pereira como el Pavón [8 Vol. II mapa N° 7].

(2) Parem = parecen, nota de Eugenio de Castro [8 Vol. I pág. 479. Nota 136].

(3) Cabo de Santa María, hoy Punta del Este. El cronista debe de referirse a los indígenas mencionados con anterioridad como vistos en la Bahía de Maldonado (25 de octubre de 1531), limitándose a decir que recibieron a los portugueses: «com grandes choros e cantigas mui tristes». [8 Vol. I pág. 266]. A estar con las citas de García [1 fol. 3r. y pág. 206], y Rui Díaz [15 pág. 6], es probable que estos indios fueran charrúas. Conviene recordar sin embargo la forma en que los guaraníes recibían a los recién llegados, narrado esto por el Pdre. Lozano: «era muy notable el modo que tenían de recibir á los huéspedes, ó á los que volvían de camino, porque no hacían demostraciones festivas, sino el cortejo era un llanto muy formal. Luego que entraba el huésped ó peregrino en la casa se sentaba, y á su lado el que le hospedaba, salían al punto las mujeres, y rodeando al huésped, sin haberse hablado palabra, levantaban estas el grito y daban tristes alaridos.

Empezaban á hacer memoria de los deudos del huésped, referían las proezas y hazañas con que en vida se señalaron, la fortuna próspera ó adversa que corrieron, el género de muerte con que coronaron su vida, interrumpiendo la relación con frecuentes suspiros; por fin se condolían con copiosas lágrimas de los trabajos é incomodidades que habrían pasado en el camino; y en todo ese tiempo, los varones tenían cubierto el rostro con la mano en señal de tristeza; lloraban á compás con las mujeres, y con palabras bajas, iban ó aprobando ó aplaudiendo las endechas.

Cuanto más principal era el personaje que recibían, tanto más sentido era el llanto, y mas altos los alaridos, que hacían persuadir á los vecinos había muerto alguna persona de aquella casa, ó algun deudo muy querido: pero salían presto de su engaño, porque acabadas aquellas arengas ó hazañerías femeniles cesaban los alaridos, desterraban la tristeza del semblante y secaban los raudales de lágrimas como, si las hubiesen á su mandado, ó alquiladas para tiempo preciso, y prorrumpían en demostraciones festivas, con las cuales, entre recíprocos abrazos, se daban la bienvenida». [34 Vol. I pág. 392].

(4) Cerro de Montevideo.

e as de caçar veados: todos estavam em contorno da sepultura, e quizera mandar abrir as covas; depois houve medo que acudisse gente da terra, que o houvesse por mal. Aquí juntas estariam 30 covas. Por nam podermos achar outra lenha mandei tirar todo los páos das sepulturas: mandei-os trazer para fazermos fogo, para se fazer de comer com 2 veados, que matámos, de que a gente tomou muita consolaçam. A gente desta terra sam homêns mui nervudos e grandes; de rosto sam mui feos: trazem o cabelo comprido; alguns delles furam os narizes, e nos buracos trazem metidos pedaços de cobre mui lucente: todos andam cobertos com pelles: dormem no campo onde lhes - anoitece; não trazem outra cousa consigo senam pelles e reides para caçar: trazem por armas hum pilouro de pedra do tamanho d'hum falcão, e delle sae hum cordel de hũa braça e mea de comprido, e no cabo hũa borla de penas d'ema grande; e tiram com elle como com funda: e trazem hũas azagaias feitas de páo, e hũas porras de páo do tamanho de hum covado. Nam comem outra cousa senam carne e pescado: sam mui tristes; o mais do tempo choram. Quando morre algum delles segundo o parentesco, assi cortam os dedos — por cada parente hũa junta; e vi muitos homêns velhos, que nam tinham senam o dedo polegar. O falar delles he do papo como mouros. Quando nos vinham ver nam traziam nenhũa molher comsigo; nem vi mais que hũa velha, e como chegou a nós lançou-se no chão de bruços; e nunca alevantou o rosto: com nenhũa cousa nossa folgavam, nem amostravam contentamento com nada. Se traziam pescado ou carne davam-no-lo de graça, e se lhe davam algũa mercaderia nam folgavam; mostrámos-lhe quanto traziamos; nam se espantavam, nem haviam medo a artelharia; senam suspiravam sempre; e nunca faziam modo senam de tristeza; nem me parece que folgavam com outra cousa” [8, vol. I, pág. 318].

Estamos pues, en el caso de los indígenas vistos por las inmediaciones del Arroyo San Gregorio, Depto. de San José, frente a consumados navegantes, poseedores de canoas que si no erró Lope de Sousa al decir que estaban construídas en cedro, debían de proceder de árboles cortados en las distantes selvas de Misiones, límite austral de estas meliáceas <sup>(1)</sup>. Si consideramos por otra parte la vistosa indumentaria de aquellos indios: “e elles com muitos penachos todos pintados de mil cores”; sus armas de tipo evidentemente chaqueño: “arcos e frechas e azagaias de páo tostado”, y hasta el temperamento cordial, la alegría expansiva de que hicieron gala, vemos que no coincide ésto con ninguna descripción de los charrúas, gente retraída, disimulada de sus estados de ánimo, desdeñosa de los adornos, y cuyas flechas y dardos se caracterizaban por estar hechas las puntas en piedra tallada. Descartada también toda vinculación con los guaraníes por el hecho claro y terminante de que su lenguaje no fué entendido por los intérpretes de guaraní que viajaban con Lope de Sousa <sup>(2)</sup>: “nem era como a do Brasil”, vale decir que no era tupinambá <sup>(3)</sup>, sólo nos resta considerar a estos indios como pertenecientes a una parcialidad del grupo chaná-timbú, admitida desde luego la similitud de costumbre con los charrúas en lo de amputarse las falanges de los dedos en señal de duelo [9 pág. 144]. Llama la atención sin embargo, la no existencia de adornos nasales, a menos que éstos hubieran pasado desapercibidos al cronista o su uso no se extendiera realmente a la totalidad de las tribus. En cuanto al segundo grupo de indios, los encontrados en las proximidades del “rio dos Beguoais”, quizás tierra adentro, sus caracteres no son tan terminantes como en los del caso anterior. Estamos ahora frente a un grupo del que no puede decirse que fuera de canoeros, y que por sus proporciones “sam

(1) Cabralea sp., Cedrela sp., Guarea sp., etc.

(2) Recordemos el encuentro con beguáes del Delta, don Lope de Sousa hace clara mención de estos intérpretes, «os linguas, que levava».

(3) El tupinambá, guaraní de la costa atlántica del Brasil, el ñeengatú del Amazonas y el guaraní meridional o abañeé, forman los tres grupos básicos del guaraní. En la historia del descubrimiento y la penetración portuguesa del Brasil, el tupinambá fué denominado *Lingoa geral* o simplemente lengua del Brasil. Generalmente se admite que quien hablaba uno de estos tres dialectos se desempeñaba en cualquiera de los otros dos.

homês mui nervudos e grandes”, e idioma, habrá que descartar como guaraníes. Faltan los arcos y las flechas o por lo menos no se los menciona, y aparece en cambio un arma arrojadiza semejante a la bola perdida de los pampas, similar también a ondas charrúas o minuano-charrúas de mediados del siglo XIX. No hay antecedentes de que ésta fuera un arma chaná-timbú, pero en cambio lo serían las “azagaias de páo tostado”, las “maças de páo” y las “reides de pescar e as de caçar veados”. Veamos también, y ésto es importante, que: “alguns delles”, es decir, no todos, “furam os narizes, e nos buracos trazen metidos pedaços de cobre mui lucente”. Parecería entonces que estuviéramos en presencia de indios de nación charrúa aunque no se pueda precisar de qué parcialidad, y viviendo con éstos algunos chaná-timbú, identificables por sus adornos nasales.

Las circunstancias del encuentro con estos indígenas no dejan de ser curiosas, y nos inclinamos a suponer que la llegada de los portugueses coincidió con la realización de una ceremonia fúnebre. Así se explica la tristeza de aquellos individuos, “o mais do tempo choram”, y la presencia de una mujer vieja, que a estar con las observaciones de Azara eran ellas, entre los charrúas, las encargadas de amortajar y enterrar a los muertos <sup>(1)</sup> [35 Vol. II, pág. 9]. Si estuviéramos acertados quedaría planteada la posibilidad de que los charrúas tenían verdaderos cementerios <sup>(2)</sup>, a los que trasladaban sus muertos quizás desde grandes distancias, cosa similar a lo que hacían los araucanos puelches del territorio argentino [40 pág. 147]. Porque es evidente que aquí no se trata de una toltería sino de un grupo de indios que han ido a ese lugar con un fin determinado. Lope de Souza contó hasta treinta tumbas, relativamente recientes, desde que sobre algunas de ellas se veían aún los quillapíes que habían pertenecido a los difuntos, capas de pieles que por su propia naturaleza debían de destruirse rápidamente al ser dejadas a la intemperie. Confiamos que los restos de éste túmulo-cementerio podrán ser localizados algún día, en la certeza de que ello constituirá un muy valioso aporte para el estudio de las distintas ramas de nuestra etnología.

## VI

Las referencias históricas que hemos dado, adquieren su verdadero valor

(1) Al describir los ceremoniales fúnebres de algunos pueblos de la Patagonia, el Pdre. Tomás Falkner S. J. hace una observación similar a propósito de los Moluches, Taluhets y Diuihets: «Una matrona entrada en años se elige en cada tribu á quien corresponde el cargo de estos sepulcros, que por lo mismo, es muy venerada» [37 pág. 106].

(2) Existen dos versiones sobre el destino que los charrúas daban a sus muertos. La primera es de Lozano: «cargan con los huesos de sus parientes difuntos á donde quiera que se mudan, haciéndoles el amor muy leve esa carga hedionda». [34 Vol. I pág. 408]. La segunda es de Azara: «Tan pronto como muere un indio transportan el cadáver a un sitio determinado, que es hoy una pequeña montaña, y lo entierran con sus armas, sus trajes y todas sus alhajas y objetos. Algunos disponen que se mate sobre su tumba el caballo que más querían, cosa que se ejecuta por algún amigo o pariente». [35 Vol. II pág. 15]. Hay otra observación de Lozano referente a los timbúes: «Los sepulcros de sus padres, los adornaban con plumas de avestruz y en cada uno plantaban un ombú, árbol bien que frondoso, pero muy triste, y acudía allí toda la parentela de tiempo en tiempo a plañir sentidamente al difunto.» [34 Vol. I pág. 428].

Del estudio de algunos túmulos atribuibles a los chaná-timbúes, se deduce que luego de un tiempo de inhumados los cadáveres, cuando los huesos habían perdido totalmente la carne, (enterramiento primario), se los ponía al descubierto para pintarlos con una capa de ocre. Cumplida esta operación de manifiesto sentido ritual, los huesos eran nuevamente devueltos a la tierra, se cree que dentro de sacos de cuero o fibra vegetal, (enterramiento secundario). En cuanto a los guaraníes, pueblo que no podemos pasar por alto en nuestro trabajo, todos los autores coinciden en que enterraban a sus muertos dentro de grandes tinajas de barro cocido. Si estas tinajas son las urnas que conocemos, y que han sido encontradas en Misiones, Río Grande del Sur, Delta del Paraná, Boca del Río Negro, etc., es inadmisibles por su tamaño, y salvo excepciones, que en ellas fueran depositados cadáveres enteros, por más que se los colocara en posición forzada y reducida. Debe de tratarse entonces de verdaderas inhumaciones secundarias, lo que confirma el hecho de que los huesos hayan recibido un tratamiento en ocre similar al de los enterramientos chaná-timbúes.

cuando se las relaciona con los hallazgos arqueológicos llevados a cabo en nuestro medio por distintos investigadores y coleccionistas. Salvo rarísimas excepciones, de todas las piezas exhumadas en los túmulos y paraderos argentinos de Goya [<sup>16</sup> pág. 92 a 108], las Mulas [<sup>24</sup> pág. 40 a 114], las Tejas [<sup>39</sup> pág. 18 a 64], Gaboto [<sup>16</sup> pág. 108 a 115] y Campana [<sup>17</sup> pág. 244 a 260], reconocidos unánimemente en lo histórico y lo arqueológico como pertenecientes a indios del grupo chaná-timbú, de todas estas piezas se han encontrado similares en nuestro territorio. Tomando la cerámica como expresión cultural la más significativa que nos ha llegado de aquellos indígenas, la correspondiente a la modalidad llamada básica del litoral o básica persistente, sin asas ni apéndices zoomorfos, lisa o presentando a lo sumo los decorados incisos de que ya hemos hablado, puede decirse que aparece en nuestras costas sobre el Río Uruguay, por lo menos desde algo al norte de las islas de Salto Grande hacia el sur, encontrándose en las costas de los departamentos de Salto, Paysandú y Río Negro. Se multiplican seguidamente los hallazgos en la desembocadura del Río Negro, verdadero mosaico de todos los tipos de alfarería indígena de nuestro país, ([<sup>41</sup> pág. 7 a 45], para continuarse luego en las costas de los departamentos de Soriano y Colonia, alcanzando aún las neo-marítimas de San José y Montevideo.

Algunos autores haciendo excepción de la cerámica de la boca del Río Negro, han atribuido el resto a parcialidades charrúas, como ser a los bohanes la de las islas de Salto Grande y costas de Salto, Paysandú y Río Negro, a los yaros la de Colonia y a charrúas propiamente dicho la de las costas de San José y Montevideo. Creémos que el único argumento en pro de ésta tesis es la distribución geográfica un tanto convencional que se ha dado a aquellas tribus, tomando como base documentos e informaciones bastantes posteriores al descubrimiento, entre otros el relato de la famosa "entrada" a la Banda Oriental hecha por Hernández en 1607 [<sup>29</sup> pág. 103] y una serie de mapas trazados por misioneros jesuitas durante los siglos XVII y XVIII (<sup>1</sup>).

Evidentemente, en Salto Grande, es usual la cerámica decorada con trazos incisos continuos, formando líneas en zig-zag y sus variaciones, motivos

(<sup>1</sup>) Apenas conocemos una referencia histórica sobre alfarería charrúa, y es la hoy bien difundida del Sargento Mayor Benito Silva, que dice: «Sus utensilios son unos vasos de barro negro, que dejan secar al Sol hasta que se vuelve duro. En estos vasos cuecen la carne de avestruz [<sup>21</sup> pág. XLVIII]. Esto, y más que nada la falta de cerámica en las llanuras interiores que constituyeron por decirlo así el habitat clásico de nuestros principales aborígenes, nos induce a pensar que aquellos al igual que otros muchos indios americanos o bien desconocieron el arte de la alfarería, o su técnica, por lo imperfecta, no fué capaz de producir piezas que llegaran hasta nuestros días. Para establecer en definitiva si los charrúas fueron o no alfareros, deberá de progresarse aún mucho en el terreno de la arqueología comparada, especialmente en todo cuanto se refiere a las parcialidades del grupo charrúa-minuán que vivieron en comarcas meridionales de Río Grande del Sur, Brasil, y centrales de la provincia de Entre Ríos. Hace ya más de sesenta años, el etnólogo Ambrosetti publicó un estudio sobre alfarería recogida en la localidad de Victoria, Entre Ríos, y que él atribuyó a los minuanes [<sup>42</sup> pág. 242 a 265]. Si bien dicha alfarería tiene puntos en común con la del Río Uruguay, es evidente que el decorado de algunos fragmentos coincide con el que presentan otros tantos recogidos en el yacimiento arqueológico del Arroyo Las Mulas, también en Entre Ríos, [<sup>24</sup> pág. 50, 51 y 53], que nadie ha pretendido sea minuán y sí timbú, o por lo menos atribuible a indígenas de la modalidad cultural de los plásticos paranaenses, modeladores de figuras zoomorfas. En realidad el profesor Ambrosetti describió material de una misma localidad, pero de distintas procedencias, no especificándola para cada pieza, ni aclarando cuales de ellas habían sido exhumadas de un mismo paradero o túmulo. Es así que en su trabajo faltan detalles realmente valiosos para el estudio de la arqueología comparada. No obstante, a falta de otros elementos de juicio, y dado que así es la opinión de la mayoría de los estudiosos, consideraremos como posiblemente charrúa cierta cerámica tosca, caracterizada por su cocimiento irregular, la inclusión de grandes proporciones de arena gruesa y aún guijarros en su composición, y la falta usual de decorado. Pero dejamos constancia de que ésta alfarería y aún otra de superior calidad podía muy bien ser fabricada en toldos charrúas por cautivas chanáes, y de ahí el interés de extender el estudio de los charrúa-minuanes para conocer sus verdaderas posibilidades en materia de cerámica, a aquellos grupos que por lo distantes no podían recibir aportes de la cultura que floreció en la boca del Río Negro.

éstos que si bien se ha dado en considerar charrúas, en modo alguno son temas únicos o exclusivos de esa zona, ya que no sólo se advierten en ella fragmentos de cerámica adornados con líneas de puntos formando guardas, decorado éste presumiblemente chaná, sino que la guarda en zig-zag hecha de trazos continuos es factor común en los demás yacimientos de alfarería grabada en nuestro país, inclusive en los de las islas y tierras de la boca del Río Negro.

Los decorados con líneas de puntos son esporádicos en el área de Salto Grande, pero comienzan a hacerse frecuentes en las costas del Dpto. de Paysandú, aumentando su porcentaje a medida que nos aproximamos a la desembocadura del Río Negro, siendo luego relativamente comunes en el Uruguay inferior y en las costas del Río de la Plata. Aparece, ya sobre el Río de la Plata un nuevo elemento decorativo, siempre dentro de las características de la modalidad básica del litoral, y considerado como típico de algunas islas del Delta del Paraná. Trátase de una decoración hecha en base a registros de puntos que cubren áreas geométricas, como ser rectángulos escalonados, triángulos, etc., limitados o no por trazos continuos. Una variante de este decorado es la de cubrir las mismas áreas geométricas con series de líneas sinuosas, paralelas, que en caso de hallarse muy próximas unas de otras forman un efecto decorativo realmente hermoso. Hay casos en que las áreas con registros de puntos o líneas aparecen reemplazadas por un cingulum de líneas sinuosas y rectas, determinando en conjunto una banda paralela al borde del recipiente. Creémos poder identificar este tipo de decorado con el que Serrano ha llamado "ibycueño", señalándolo para islas del Delta, especialmente a lo largo del Paraná Pavón, Paraná Guazú, Brazo Largo, y también para las costas de la provincia de Buenos Aires <sup>(1)</sup> [43 pág. 34, fig. 5]. En cuanto a pretender sistematizar las alfarerías de nuestro país atendiendo al buen o mal cocimiento de las piezas, uniformidad de los plásticos, etc., con miras a establecer posibles áreas de diferenciación cultural, creémos que apenas se llegará a conclusiones muy relativas, puesto que las técnicas de un mismo alfarero debían de variar ya fuera de acuerdo con el uso a que destinaba cada vasija, como a los elementos de trabajo, no siempre iguales, que obtenía en los lugares que acampaba. Además, y ésto es significativo, todos los tipos de decorado que venimos de nombrar, aparecen en los fragmentos cualquiera sea la naturaleza de la mezcla y del horneado, aunque parecería, sin que ésto constituya regla permanente, que a mayores vasijas correspondieron decorados más sencillos.

Los que defienden la tesis según la cual no existió otra población chaná en la Banda Oriental que la de indios de encomienda traídos desde el Baradero luego del famoso reparto hecho en Buenos Aires en 1582, deberán pensar en que difícilmente estos indígenas afincados en Santo Domingo de Soriano, hayan podido ellos solos sembrar de alfarerías los seiscientos kilómetros de costas que median entre las islas de Salto Grande y el extremo oriental de las playas septentrionales del Río de la Plata. La fecha y circunstancias de la fundación de Santo Domingo de Soriano no son conocidas con exactitud, pero en general se ha venido aceptando la versión del Padre Lozano, en el sentido de que Francisco de Céspedes, gobernador del Río de la Plata entre los años 1624 y 1632, procurando la reducción pacífica de "la dilatada pro-

(1) En principio, la cerámica «ibycueña» debe ser atribuída a los beguáes, con cuya distribución geográfica en lo referente al territorio argentino parece haber coincidido. Los Srs. Raúl Penino y Alfredo Sollazzo en su estudio sobre el paradero de las Tunas, costas del Río Santa Lucía, Dpto. de San José, paradero que con un criterio que les es personal han considerado charrúa, incluyen calcos-dibujos de éste tipo de decorado y de aquella procedencia, en una variedad de motivos realmente excepcional [60 pág. 151 a 160]. Deseamos señalar también, por cuanto no lo creémos frecuente, el hallazgo de un trozo de alfarería con decorado ibycueño al norte de Salto Grande, en el Dpto. de Artigas, y que nos fuera proporcionado por el Sr. Enrique Marañón. Este fragmento, si bien en modo alguno alcanza a demostrar que hubiera tribus beguáes estables en dicha zona, deja entrever la posibilidad de que la navegación por el Uruguay no les era del todo desconocida.

vincia del Uruguay”, a más de otras gestiones: “Valióse también de los religiosos de la Orden Seráfica, que con celo apostólico entraron á esta conquista por la boca del Uruguay, dos religiosos con el reverendo padre fray Bernardo de Guzman convirtiendo mas de mil almas. Fundaron tres iglesias, de las cuales solo permanece una con su reducción de Santo Domingo Soriano en la boca del río Negro” [34 Vol. 3, pág. 414]. La versión de Azara es algo diferente pero conduce a lo mismo: “Cuando los primeros españoles llegaron al país, esta nación vivía en las islas del Uruguay frente al río Negro. De allí pasaron a la orilla oriental del Uruguay, un poco al sur del río de San Salvador, cuando los españoles abandonaron la ciudad de San Salvador; después, acosados por los indios de la vecindad, volvieron a sus islas. Habitaban la que se llama hoy isla de los Vizcaínos cuando, temiendo la vecindad de los charrúas, que habían ya exterminado a los yaros y a los bohanes, buscaron la protección de los españoles de Buenos Aires, suplicándoles que los defendieran y que les formaran un poblado que estaría bajo su dependencia. El gobernador accedió a su demanda, los sacó de su isla y formó con ellos el pueblo que se llama hoy Santo Domingo Soriano [35 Vol. 2, pág. 17]. Agrega más adelante al enumerar las poblaciones dependientes del gobierno de Buenos Aires: “Santo Domingo Soriano. Este pueblo, como se ha dicho en el capítulo X, fué formado por indios chanás, milla y media al oeste del paraje en que está actualmente, y donde se estableció en 1704; pero ignoro el año de su fundación” [35 Vol. 2, pág. 204]. Sin embargo en un cuadro adjunto, establece, aunque con dudas, que la fundación se realizó en 1650 [35 Vol. 2 pág. 204] (1).

No creémos probable que Santo Domingo de Soriano, población netamente indígena en sus comienzos, haya sido fundada con elementos traídos en masa desde el Baradero. Primero, que no conocemos ningún documento que así lo afirme, y segundo, que habría carecido de sentido transportar un núcleo de población, indios de encomienda y por lo tanto elementos de trabajo, desde la incipiente colonia bonaerense a la boca del Río Negro, lugar remoto por entonces y donde ninguna utilidad podrían prestar. Existe constancia, sin embargo, de dos encomiendas de chanás del Baradero radicados efectivamente en Santo Domingo de Soriano, referencia que ha quedado en un registro de encomiendas hecho en Buenos Aires probablemente en 1678: “En la jurisdicción de Buenos Aires. El Capitan Hernando de Rivera Mondragon, posee en primera vida la encomienda de indios de nacion Chanás que eran originarios del pueblo y reducción del Baradero y hoy están retirados en la de la otra banda de este río, de Santo Domingo Soriano, y por no haberse hecho visita ni padrón nuevo de ellos, de muchos años á esta parte, no se sabe la cantidad cierta que son, háse entendido tiene esta encomienda de ocho á diez indios de tasa”. — “Antonio Romero, como marido y conjunta persona de Doña Francisca Osorio de los Covos, posee en segunda vida otra encomienda de dicha nación, que por la razón susodicha están en la otra banda, y tampoco consta líquidamente los que son; se ha entendido extrajudicialmente tiene seis indios de tasa” [46 pág. 169]. Sería entonces que una veintena de chanás y muy probablemente otros tantos guaraníes (2) acom-

(1) Deben recordar quienes deséen investigar sobre los orígenes y primeros años de Sto. Domingo de Soriano, que en una Real Cédula de 1802 se dice: «Por cuanto atendiendo a lo representado por el Pueblo de Indios Chanaas de Santo Domingo Soriano, sito en el distrito del Virreynato de Buenos Aires, cerca de su antiguo establecimiento, acreditando que los documentos de su erección y señalamiento se quemaron en un incendio, que padeció la casa de su antiguo Corregidor don Josef de San Roman, etc.» [44 pág. 66]. Puede consultarse sin embargo el trabajo del Sr. Horacio Arredondo, que ha dedicado muy interesantes páginas a los aspectos arqueológicos hispánicos de la vieja reducción chaná del Río Negro [45 pág. 127 a 138].

(2) Esto vendría a explicar los enterramientos guaraníes post-hispánicos de Santo Domingo Soriano e Isla del Vizcaíno, aunque nos parecería que la inhumación en tinajas, pintura de los huesos con ocre, etc., fuera ritual de corte pagano y por lo tanto ajeno a la vida misional.

pañaron a los franciscanos cuando éstos fueron a establecerse en tierra uruguayana, táctica muy frecuente en los trabajos misionales de aquellos tiempos, mediante la que se procuraba que los indios realizaran la doble tarea de asistir a los misioneros y atraer a sus hermanos de raza aún no catequizados. Hace ya algunos años, nuestro entrañable amigo Carlos A. de Freitas nos decía, siempre generoso de sus observaciones, que del estudio arqueológico de la desembocadura del Río Negro se desprendía algo así como que al contacto de la cultura europea, la indígena local se había estancado primero para derrumbarse después en un breve lapso de tiempo. Parecería que el nativo hubiera caído en una apatía y desinterés indefinidos, abandonando las normas clásicas de su industria ancestral, al mismo tiempo que desdeñaba los elementos nuevos que le ofrecía la cultura hispana. A partir de ese momento, tal la opinión de Freitas, la alfarería chaná, reflejando quizás el abatimiento espiritual del artífice, no es sólo que carezca de decorado o éste se reduzca al mínimo, sino que en general, mezclas, formas, horneado, etc., dan la sensación de que apenas se les dedicó un mínimo de trabajo, no otro que el necesario para obtener vasijas que llenaran una función doméstica, excluido todo sentido tradicional, ritual o estético. Si lo dicho, por aquello de que *"a iguales causas iguales efectos"*, se cumplió con los chanáes del Baradero como con los de Santo Domingo de Soriano, los primeros, reducidos en 1582, ya para 1624, perdidos todos los remanentes de su antigua cultura, nada habrán aportado en materia de industria ceramística cuando se los incorporó al núcleo de la boca del Río Negro. Y a propósito, recordemos que del cementerio indígena de Baradero, estudiado por Debenedetti en 1909, cuya antigüedad parece ser que se remontaba a la segunda mitad del siglo XVII, año más año menos, contemporáneo con la fundación de Santo Domingo, apenas se exhumó de él una alfarería pobre y que mereció este juicio de Debenedetti. "En primer lugar diré que la alfarería exhumada es muy poca. Rarísimos fragmentos, simples, más bien toscos y regularmente cocidos, dispersos, algunos hallados bajo los esqueletos, me inducen á pensar que fueron fragmentos de vasos o de ollas inhumados intencionalmente con los cadáveres" [14 pág. 441]. Vemos pues que los indígenas del Baradero, por las razones expuestas, no pueden haber sido ellos los portadores de una modalidad cultural lo suficientemente pujante como para extenderse, fijarse y dar fisonomía arqueológica propia a una zona bien definida de nuestro territorio. Tal cosa sólo pudo haber sido hecha, por tribus que en lo material y lo anímico no hubieran pagado aún tributo a la conquista.

Como decíamos al principio, la modalidad cultural de los plásticos paranaenses apenas rozó nuestras costas, y sus representantes deben de haber sido exclusivamente timbúes, indígenas adictos al trato con los chanáes, y que por Oviedo sabemos vivían en la desembocadura del Río Negro. Abundante el legado arqueológico de estos indios en el Paraná, en nuestras costas es muy pobre, limitándose a algunos fragmentos de alfarería con asas, apéndices zoomorfos y vertederos tubulares, a más de un breve aunque definido repertorio de alfarerías gruesas.

En realidad, la alfarería con asas, los apéndices zoomorfos y los vertederos tubulares no pueden ser tomados como prueba irrecusable de influencia plástico-paranaense en nuestro medio, ya que las asas y vertederos son elementos universales de la ceramística, y pudieron haber sido logrados por nuestros indígenas sin la concurrencia de elementos culturales foráneos. En cuanto a los apéndices zoomorfos que hemos visto, en general son muy rudimentarios para compararlos con los del Paraná, y más nos parecen un ensayo de los básicos litorales, chaná y mbeguáes en el campo del modelado, que señales de transplante o adopción de una técnica ya desarrollada, como lo es la de los plásticos paranaenses. Hay sin embargo unos pocos ejemplares que concuerdan efectivamente con el abundante y variado material exhumado de los túmulos de Campana, las Mulas y otros, y éstos sí, conjuntamente con los grabados hechos en base al zurco punteado de que ya hemos hablado

y que son usuales en la boca del Río Negro, pueden ser atribuidos a penetraciones o influencias directas de los plásticos paranaenses en nuestro medio. Pero el índice más formal del pasaje de timbúes por la Banda Oriental es el encuentro en ésta de piezas de cerámica que les fueron peculiares, llamadas alfarerías gruesas por Serrano [<sup>47</sup> pág. 3] y campanas chaná-timbúes por Fernando V. Gaspary [<sup>48</sup> pág. 59]. La primera de estas piezas recogida entera fué la encontrada por Torres y Outes en 1902, en Gaboto, proximidades del Carcarañá, habitat de timbúes cuando el descubrimiento. Descripta por Torres en su memorable "Arqueología de la cuenca del Río Paraná", quedó establecido desde entonces que las piezas de éste tipo no podían haber servido como recipientes, tapas, asas, ni atributos ornamentales [<sup>16</sup> pág. 111]. Campanuliformes o cilindriformes, las alfarerías gruesas se caracterizan por una gran concavidad inferior que ocupa prácticamente toda la base de la pieza, y se comunica hacia arriba por una abertura, menor a la de la base en el tipo campanuliforme e igual a la de la base en el cilindriforme. Entendemos además que lo usual es que la campanuliforme presente un solo apéndice zoomorfo y la cilindriforme dos, por lo general, en ambos casos, cabezas de pájaros muy bien logradas.

Realmente vemos diferencias fundamentales entre los dos tipos de alfarerías gruesas como para que se las suponga destinadas a un mismo fin. La cilindriforme mal puede haber servido para receptáculo de cosa alguna y en tren de conjeturas podríamos suponerla emblema totémico de uso ceremonial, bastante aparente para ser llevada en el extremo de un palo por los caciques o principales. Muy otro parece haber sido el destino de las alfarerías campanuliformes, ya que si bien su pequeño agujero superior y otros laterales las descarta, como lo ha observado Serrano para posible recipiente, Frenguelli primero [<sup>49</sup> pág. 11 a 17], y Gaspary después [<sup>48</sup> pág. 60], suponen, con fundados elementos de juicio, estaban relacionadas con el culto o la conservación del fuego tuviera esto sentido ritual o doméstico, y de cualquier manera algo muy representativo en la vida de los timbúes, ya que en ciertos casos, como lo ha comprobado el Sr. Gaspary, miniaturas de estas alfarerías gruesas eran incluídas, fuera como representaciones simbólicas u ofrendas póstumas en el ajuar fúnebre de los difuntos [<sup>48</sup> pág. 64].

De nuestro país <sup>(1)</sup> no conocemos alfarerías gruesas cilindriformes <sup>(2)</sup>, y en las campanuliformes podemos distinguir tres tipos de acabado; ornamentado con dibujos incisos, con aplicaciones plásticas formando frisos éscotados, y con apéndices apezonados. De los tres tipos el más sobrio, elegante, y que corresponde a las piezas de más fina estilización, parecería ser el que presenta apéndices apezonados, adorno éste que distingue el ejemplar ya clásico de Gaboto. Conocemos dos piezas más zoomorfas, pertenecientes a nuestro acervo arqueológico, y que si bien en principio no pueden ser clasificadas como alfarerías gruesas, es indudable, como ya lo indicó el arquitecto Silvio Geranio, que también estaban destinadas a usos mágicos o prácticas rituales [<sup>50</sup> pág. 7 a 11]. Nos referimos a dos cerámicas a las que el indígena con un bello sentido de estilización, dió forma de ave a la mayor y de capazarón de mulita a la menor. No habiendo razones para pensar que ambas piezas hayan sido realizadas por un mismo

(1) Algunos coleccionistas tomando el sentido literal de la palabra, pretenden que sean alfarerías gruesas ciertos fragmentos de grandes ollas, que en razón de su tamaño presentan las paredes y especialmente la base de un espesor considerable. Dado las proyecciones arqueológicas que tiene en nuestro medio el hallazgo de verdaderas alfarerías gruesas, debe procederse con cautela en la clasificación de tales fragmentos, recordándose por de pronto, que el tamaño usualmente pequeño de dichas piezas hace que la superficie de sus fragmentos sean marcadamente combados. Además constituyen presunción muy formal de alfarería gruesa los apéndices zoomorfos, por ser como hemos visto los elementos que más la caracterizan.

(2) Pudiera serlo, sin embargo, una pieza fragmentada de la Colección Berro, determinada por Arredondo como asa zoomorfa [<sup>41</sup> pág. 36, plancha VII, fig. 1].

alfarero, ya que una y otra fueron encontradas en distintos lugares y la primera <sup>(1)</sup> acusa además una factura evidentemente superior a la segunda, las dos obedecen a un mismo plan y destino, que no puede haber sido otro que el de servir de verdaderas lámparas votivas, como lo indica su forma clásica y su abertura, que en modo alguno es la de una vasija, inapta para verter cualquier líquido que en ella se depositara. Muy probablemente chaná-timbúes estas dos piezas, habrá que esperar nuevos hallazgos para atribuírlas a los plásticos paranaenses o a los básicos litorales, ya que por el momento creémos que en su género sean únicas en estas latitudes.

En los últimos tiempos un grupo de estudiosos encabezados por el Sr. Francisco Oliveras ha venido explorando un túmulo indígena situado en Colonia Concordia, Dpto. de Soriano a un centenar de metros del Río Uruguay. El Sr. Oliveras ha tenido la gentileza de exhibirnos buena parte del material allí exhumado, y otro tanto ha hecho el Sr. Maruca Sosa, siempre generoso en permitirnos el acceso a su tan valiosa colección arqueológica. Evidentemente se está en presencia de una tribu que no llegó a tener contacto con el elemento hispánico, y que a juzgar por el abundante material en hueso trabajado y por su magnífica industria ceramística, podemos considerarla en primera instancia, como de características chana-timbú. Ahora bien, de acuerdo con el material que hemos tenido oportunidad de observar, creémos que éstos indios participaron más de la modalidad cultural de los plásticos paranaenses que de la de los básicos del litoral, pero faltan o son excepción, y ésto reviste gran importancia, las alfarerías zoomorfas <sup>(2)</sup>. Si llegara a probarse la tesis de que tales alfarerías son índice de una penetración arawak, que como lo decíamos al principio se supone llegada del norte, estaríamos en el caso, interesantísimo por cierto, de tribu o tribus del Paraná con características de plásticos paranaenses, que emigraron a nuestro país y se extinguieron en él antes de producirse la infiltración arawak. Quedaría así planteada la existencia de una modalidad plástico paraense pre-arawak, lo que obligaría a emprender un estudio revisionista de las culturas pre-hispánicas rioplatenses. Creémos que debía de publicarse un informe completo y detallado sobre el túmulo de Colonia Concordia, que sabemos ha sido estudiado con verdadero método y dedicación, ello constituiría etapa y jalón en el desenvolvimiento de nuestra ciencia arqueológica.

## VII

Habíamos señalado que a la llegada de los españoles al Plata, existía ya un proceso de guaranización de los chaná-timbúes, proceso que por el momento se advierte más en el terreno de la lingüística que en el cultural. El establecimiento de guaraníes en el Delta del Paraná, especialmente en el delta inferior, al sur del Paraná Guazú donde se supone totalizaron una población de 40.600 almas, parece haber ocurrido en épocas relativamente cercanas al descubrimiento. Originarios de comarcas situadas al este del Río Paraná, en el hoy estado brasileño del mismo nombre y también en el de Santa Catalina, estos indios, pertenecientes al grupo lingüístico abañée, propio de guaraníes meridionales, habrían llegado al Delta descendiendo por el Río Uruguay, remontando luego por el Paraná, pero no más al norte de la latitud de Santa Fe, ya que según Serrano, no se producen hallazgos importantes de cerámica guaraní al norte de dicha coordenada [9 pág. 85] <sup>(1)</sup>.

(1) Sugerimos la lectura del informe que los Srs. Geranio y de Freitas han elevado a la Sociedad Amigos de la Arqueología a propósito de éste recipiente ornitomorfo [51 pág. 259 a 270].

(2) Nos referimos específicamente a las cabezas de pájaros, especialmente psitácidos, que son el tema usual de los plásticos paranaenses.

(1) Se impone entonces que los guaraníes que llegaron hasta el Paraguay hallan tenido otra vía de penetración, que no puede haber sido otra que el Alto Paraná.

Por Luis Ramírez, Diego García y otros antiguos cronistas, sabemos que los guaraníes, pese a su ponderado "*semblante dulce y maneras apacibles*", eran gente que vivía haciendo la guerra a cuantas naciones indias los rodeaban, al punto de que eran considerados verdaderos corsarios de los ríos Paraná y Uruguay. No es pues extraño que en éste continuo ajetreo, su alfarería haya quedado diseminada en buena parte de aquellas dos arterias fluviales, teatro de sus ya olvidadas incursiones y piraterías <sup>(1)</sup>.

El Dr. Francisco J. Muñiz que recorrió el Delta del Paraná en 1818, nos refiere el hallazgo de un cementerio evidentemente guaraní, situado en un albardón del Canal Paycarabí, sobre el Paraná de las Palmas: "en ese albardón qe. es mui elevado hay un espacio como de cinquenta pasos cubierto de framentos de tinajas en las qe. depositavan los indios sus difuntos. he visto esas tinajas enteras tienen una vara de alto bien formadas, delgadas, con una tapa qe. embute mui bien un ahujero en el fondo redondo, el material me pareció de igual calidad qe. el de las baldosas, unas estan todas labradas como escama de pez, y otras jazpeadas imitando el marmol contenian huesos humanos casi reducidos a polvo: la nacion qe. los fabrico estava sin duda en mas alto grado de civilisacion qe. los indios independientes qe. conocemos" <sup>[52</sup> pág. 18].

Basándose en material recogido en la Isla Martín García, Félix Outes estableció las características de la alfarería guaraní en su face rioplatense <sup>[53</sup> pág. 265 a 277], coincidente en lo fundamental con la estudiada por Ambrosetti en el Alto Paraná (Misiones) <sup>[55</sup> pág. 227 a 257] y por Serrano al Sur del Brasil <sup>[56</sup> pág. 34, figs. 24, 27 y 28]. Los ornamentos de ésta alfarería pueden ser divididos en dos tipos, grabados y pintados. Los primeros, realizados con la yema del dedo y la uña sobre el barro fresco, están constituidos por series de impresiones rítmicas, que sin formar dibujos cubren la totalidad o la casi totalidad de la superficie externa de las vasijas, generalmente grandes urnas funerarias. Fragmentos y aún piezas enteras de ésta alfarería se encuentran con bastante frecuencia en el Río Uruguay, especialmente en las islas de Salto Grande, de donde se han retirado piezas que por su dureza y decorado, es necesario clasificar como de verdaderamente magníficas. Se suceden luego los hallazgos por todo el litoral uruguayo para repetirse en las costas del Río de la Plata y aún señalarse sobre las del Océano Atlántico.

El segundo tipo de ornamento lo forman una o más franjas pintadas de blanco, próximas y paralelas al borde del recipiente, y sobre estas franjas, trazos finos, rojos o negros, formando dibujos geométricos muy característicos. Lo usual es que la zona de dibujo no se extienda más abajo del diámetro máximo del recipiente, y ello trae a colación una referencia del Padre Ruiz de Montoya S. J., sobre las inhumaciones guaraníes en el Paraguay: "enterrauan sus muertos en vnas grandes tinajas, poniendo vn plato en la boca", las que agrega, "enterrauan hasta el cuello" <sup>[53</sup> pág. 277] <sup>(2)</sup>. Sería entonces que las porciones pintadas de estas urnas sobresalían del suelo, señalando así el lugar de los enterramientos. La cerámica guaraní pintada, es rara, y su porcentaje es ínfimo comparado con el de la grabada, apenas si hemos visto unos pocos fragmentos pertenecientes a colecciones particulares, entre otros los de propiedad del ingeniero Mario A. Fontana Company, recogidos en Nueva Palmira, Dpto. de Colonia. Aparte de estos dos tipos de alfarería ornamentada, los guaraníes tenían otra que en igualdad de tamaño y forma que las anteriores, se presenta completamente lisa, aunque embadurnado el

(1) Deberemos señalar que tanto los guaraníes como los chaná-timbúes penetraron con sus canoas por los principales afluentes del Río Uruguay, especialmente por el Río Negro, remontándolo y estableciendo sus campamentos en lugares bastante remotos donde aún hoy día se encuentran restos de sus cerámicas.

(2) Varias de las urnas guaraníes que exhumó Ambrosetti en el Alto Paraná, especialmente en la Colonia Militar Brasileña de Iguazú, estaban enterradas en dicha forma <sup>[55</sup> pág. 227 a 257].

interior con ocre cuando se trata de recipientes funerarios. Por lo menos dos de estas urnas con sus tapas fueron encontradas casi enteras, la primera en una isla próxima a Concepción del Uruguay, Entre Ríos [<sup>54</sup> pág. 15, fig. 7], y la segunda en la desembocadura del Arroyo Negro, límite entre nuestros Dptos. de Paysandú y Río Negro [<sup>58</sup>], como se ve, ambas sobre el Río Uruguay y muy próximas una de otra.

El profesor Serrano, cuyos conceptos apreciamos tanto que de hecho constituyen la guía de nuestro estudio, entiende que muchos hallazgos guaraníes del Río Uruguay deben ser atribuidos a indios catequizados, que por centenares subían y bajaban el curso de éste río, tripulando las canoas y balsas en que viajaban los jesuitas. Y hace particular mención, Serrano, al viaje del Padre Cattáneo, en que sorprendidos por una epidemia de viruela, murieron infinidad de indios, siendo enterrados en las inmediaciones de Salto Grande [<sup>22</sup> pág. 121]. En éste tema vamos a permitirnos disentir con el maestro argentino, ya que los entierros de guaraníes misioneros no debían de realizarse en tinajas, procedimiento, que como ya lo hemos dicho nos parece de corte pagano, y máxime que en oportunidad del viaje del Padre Cattáneo fueron tantos los trabajos y penalidades que apenas si habrá habido tiempo de enterrar a los muertos, sin rito ni ceremonial de clase alguna.

Con los elementos de juicio de que disponemos, no podemos apreciar si es que la penetración guaraní en el Río de la Plata determinó alguna variante en la cerámica de los chaná-timbúes. El hallazgo de urnas guaraníes en lugares en que también se ha encontrado cerámica chaná-timbú, como ser en las islas de Salto Grande, y en la desembocadura del Río Negro y del Arroyo Negro, parajes en que tampoco falta material lítico atribuible a los charrúas, sólo prueba, como en el caso del túmulo de Campana, que en el correr del tiempo los mismos lugares fueron habitados por distintas tribus, las que con el mismo criterio habrán visto en ellos puntos a donde no llegaban las crecientes, abundantes en caza, estratégicos para su defensa, etc. Esta incógnita de la adopción de técnicas cerámicas y aún de ritos funerarios guaraníes por parte de los chaná-timbúes, problema arduo por cierto, podrá ser solucionado únicamente en base a estudios antropológicos, guiados en el sentido de determinar si los restos encontrados en urnas guaraníes, exhumadas éstas de campo reconocido como habitat chaná-timbú, presentan las características de uno u otro tipo racial. <sup>(1)</sup>

El exterminio de los chaná-timbúes no puede atribuirse a otra cosa que a la conquista española. Primero, a la difusión de enfermedades traídas por la marinería y soldadesca de las primeras expediciones, entre las que venía, como lo ha dicho un historiador rioplatense, la escoria del hampa y los burdeles sevillanos. Segundo, a las matanzas de nativos que se realizaban bajo cualquier pretexto, tal la que promovió entre caracarás el capitán Francisco Ruiz de la expedición de Mendoza [<sup>15</sup> pág. 40], y por último al reparto de indios hecho por Garay en 1582, golpe de gracia a la tambaleante población indígena del Delta y del Bajo Paraná. Con excepción de las parcialidades chanáes del Río Negro y de algunos grupos mepén, que hábiles en el manejo de sus grandes y rápidas canoas sobrevivieron por un cierto tiempo dedicados al pillaje en aguas de los ríos Paraná y Paraguay, puede decirse que en los primeros años del siglo XVII, como grupo étnico, los chaná-timbúes estaban completamente desbaratados y en vías de rápida extinción. No sin pena se léen las declaraciones de tres mocoretáes pertenecientes a la reducción de San Lorenzo, en Santa Fé, hechas en 1622: "Declararon que havia seis años que por mandado de Hernando Arias de Saavedra los sacaron por fuerza contra su voluntad de sus naturales y tierra con sus mugeres y hijos que estan a 15 y 20 leguas de la dha reducion para solo hacerlos trabajar en

(1) Podemos adelantar que nuestro amigo el Sr. Juan I. Muñoa, adscripto al Museo de Historia Natural y a cargo de las colecciones antropológicas del mismo, ha iniciado el estudio de dichas colecciones, especialmente en cuanto se refiere al material indígena uruguayo. Quedamos pues a la espera de sus conclusiones.

bogar y vaquear y hacer cueros de toro sin pagarles su trabajo”..... “también dijeron que cuando los sacaron de sus tierras eran muchos y un cacique señalando la cantidad dijo que eran tantos como hormigas los yndios suyos que allí se trujeron y que todos se habían muerto y consumido y que no había quedado sino el dicho cacique y otros dos yndios y que todos los de la nación mecoreta se habían acabado y consumido.....” [<sup>57</sup> Vol. I Apéndice, pág. 86] (<sup>2</sup>). Finalmente en 1639, gobernando en Buenos Aires de la Cueva y Benavídez, soldados españoles e indios guaraníes misioneros arrasaron el último grupo de caracarás y mepenes que aún subsistían, refugiados en los pajonales e islotes de la Laguna Iberá, en Corrientes. Nos narra Lozano que inútiles los requerimientos de rendición: “fueron asaltados, y quedaron todos ó prisioneros ó muertos, y entre estos, unas seis indias muy viejas, que peleaban porfiadísimo con unos chuzos, manejándolos con la destreza que si fuesen jóvenes muy alentados, sin venir en rendirse, hasta que la muerte se los sacó de las manos”. Hubo sin embargo una partida de caracarás que logró huir, internándose en parajes tan inaccesibles que jamás se volvió a saber de ellos [<sup>34</sup> Vol. 3, pág. 425]. Y con éste oscuro episodio se cerró la historia de uno de los pueblos indígenas otrora más poderosos del Río de la Plata.

Poseemos una visión cromática bastante clara de los charrúas. Tocamos con la mano, casi, la generación que los conoció personalmente y presenció su exterminio, y no sólo forman caudal las semblanzas que de ellos tenemos, sino que la iconografía histórica ha permitido al artista trazar sus rasgos y fijar sus expresiones, en un alarde de técnica y acierto realmente admirables. Es muy pobre, en cambio, la imagen que tenemos de los chaná-timbúes. Demasiado remotos los días en que daban vida y animación a nuestras playas hoy desiertas, las páginas de Lope de Sousa nos ponen frente a escenas que aunque se adivinan llenas de colorido, sus protagonistas aparecen desvanecidos en el tiempo, semejantes y ya para siempre, a los personajes irreconocibles de un negativo fotográfico.

Enero de 1954.

#### BIBLIOGRAFIA

- 1] GARCIA, DIEGO. — Memoria, (1526-1527). Publicada por Guillermo Furlong Cardiff, S. J. Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología, Vol. VII, pp. 167 a 228, Montevideo 1933.
- 2] SCHMIDEL, ULDERICO. — Viaje al Río de la Plata, (1534-1554). Publicada por Bartolomé Mitre y Samuel Lafone y Quevedo. Biblioteca de la Junta de Historia y Numismática Americana, pp. 1 a 499, Buenos Aires 1903.
- 3] FERNÁNDEZ DE OVIEDO, GONZALO. — Historia General y Natural de las Indias. Publicada por la Real Academia de la Historia, Vol. I a IV, Madrid 1851.
- 4] MADERO, EDUARDO. — Historia del Puerto de Buenos Aires. pp. 1 a 389. (Carta de Luis Ramírez, apéndice 8). Buenos Aires 1892.
- 5] SERRANO, ANTONIO. — Los primitivos habitantes del territorio argentino. El grupo chaná-timbú. La Prensa, julio 27 de 1941, Buenos Aires.
- 6] MEDINA, JOSÉ T. — Sebastián Caboto. Vol. I y II, Santiago de Chile 1908.
- 7] BARCO CENTERA, MARTÍN. — La Argentina (1601). En Colección de Obras y Documentos por Pedro Angelis, Vol. II, pp. 1 a 312, Buenos Aires 1836.
- 8] LOPE DE SOUSA, PERO. — Diário da Navegação (1530-1532). Con comentarios por Eugenio de Castro. Vol. I y II, Río de Janeiro 1927.
- 9] SERRANO, ANTONIO. — Los primitivos habitantes de Entre Ríos. Publicado por la Biblioteca Entrerriana General Perón. Serie Historia Nº 2 pp. 1 a 177, Paraná 1950.
- 10] LAFONE Y QUEVEDO, SAMUEL. — Los indios chanás y su lengua. Boletín del Instituto Geográfico Argentino. Vol. XVIII, pp. 115 a 154, Buenos Aires 1897.
- 11] RUIZ DE MONTOYA, ANTONIO, S. J. — Tesoro de la lengua guaraní (1640). Publicado por Julio Platzman. Vol. I a IV, Leipzig 1876.
- 12] TORRES, LUIS MARÍA. — Los primitivos habitantes del Delta del Paraná. Universidad de la Plata, pp. 1 a 611, Buenos Aires 1913.

(<sup>2</sup>) Sobre el origen y destino de otra reducción, la de San Bartolomé de los Chaná, también en Santa Fe, puede consultarse un trabajo publicado por el Sr. Agustín Zapata Gollan [<sup>62</sup> pág. 1 a 38].

- 13] FIGUEIRA, JOSÉ H. — Chanás, en *Diccionario Geográfico del Uruguay* por Orestes Araujo, pp. 222 a 223, Montevideo 1900.
- 14] DEBENEDETTI, SALVADOR. — Noticia sobre un cementerio indígena de Baradero. *Revista de la Universidad de Buenos Aires*. Vol. XIII, pp. 435 a 448, Buenos Aires 1910.
- 15] GUZMÁN, RUIZ DE. — *Historia Argentina* (1612). En *Colección de Obras y Documentos* por Pedro Angelis, Vol. I, pp. 1 a 140, Buenos Aires 1836.
- 16] TORRES, LUIS MARÍA. — Arqueología de la cuenca del Río Paraná. *Revista del Museo de la Plata*, Vol. XIV, pp. 53 a 122, Buenos Aires 1907.
- 17] ZEBALLOS, ESTANISLAO, Y PICO, PEDRO. — Informe sobre el túmulo prehistórico de Campana. *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, Vol. VI, pp. 244 a 260, Buenos Aires 1878.
- 18] MÁRQUEZ MIRANDA, FERNANDO. — La navegación primitiva y las canoas monoxilas. *Revista del Museo de la Plata*, Vol. XXXIII, pp. 57 a 87, Buenos Aires 1932.
- 19] CATTÁNEO, CAYETANO, S. J. — Carta del 25 de abril de 1730. Publicada por J. M. Estrada. *Revista de Buenos Aires*, Vol. XI, pp. 284 a 309, Buenos Aires 1866.
- 20] CANALS FRAU, SALVADOR. — Los indios del Distrito de Buenos Aires. *Publicaciones del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras*, serie A, IV, pp. 5 a 39, Buenos Aires 1940.
- 21] PEREA Y ALONSO, SIXTO. — Filología comparada de las lenguas y dialectos Arawak. *Instituto de Estudios Superiores*, pp. XIII a CX y pp. 1 a 684, Montevideo 1942.
- 22] SERRANO, ANTONIO. — Etnografía de la antigua Provincia del Uruguay. pp. 1 a 207, Paraná 1936.
- 23] OUTES, FÉLIX. — Sobre las lenguas indígenas rioplatenses. *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Vol. 24, pp. 231 a 237, Buenos Aires 1913.
- 24] SERRANO, ANTONIO. — Arqueología del Arroyo las Mulás. *Publicaciones del Instituto de Arqueología de la Universidad de Córdoba* (XIII), pp. 1 a 118, Córdoba 1946.
- 25] METRAUX, ALFRED. — The Paressi. The tribes of Mato Grosso and Eastern Bolivia. *Handbook of South American Indians*, Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology. Bull. 143, Vol. 3, pp. 349 a 360, Washington 1948.
- 26] DE FREITAS, CARLOS A. — Alfarrería del Delta del Río Negro. *Revista Histórica*, Vol. XIII, (apartado pp. 1 a 63), Montevideo 1942.
- 27] LAFONE Y QUEVEDO, SAMUEL. — Etnología Argentina. *Universidad de la Plata*, pp. 176 a 215, Buenos Aires 1909.
- 28] LARRAÑAGA, DÁMASO. — Compendio del idioma de la Nación Chaná. (1913 ?) «Escritos», Vol. III, pp. 163 a 174, Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, Montevideo 1923.
- 29] SALAVERRY, FAUSTINO, S. J. — Los Charrúas y Santa Fé. pp. 1 a 289, Montevideo 1926.
- 30] PIGAFETTA, ANTONIO. — Primer viaje alrededor del Mundo (1519-1522). Traducción del Dr. Carlos Amoretti, pp. 3 a 106, Madrid 1899.
- 31] HERRERA, ANTONIO DE. — *Historia General de los Castellanos*, etc. (1601). Edición paraguaya Guaranía, Asunción del Paraguay, tomos I a X, Buenos Aires 1944.
- 32] FERNÁNDEZ NAVARRETE, MARTÍN. — *Colección de Viajes*. Vol. I a V, Madrid 1858.
- 33] GROUSSAC, PAUL. — Mendoza y Garay, las dos fundaciones de Buenos Aires, pp. 1 a 546, Buenos Aires 1916.
- 34] LOZANO, PEDRO, S. J. — *Historia de la Conquista del Paraguay*. Publicada por Andrés Bernal, tomos I a V, Buenos Aires 1873.
- 35] AZARA, FÉLIX DE. — *Viajes por la América Meridional*. Edición Calpe, tomos I y II, Madrid 1923.
- 36] D'ORBIGNY, ALCIDES. — *L'homme Americain. Voyage dans l'Amerique Meridionale*. Vol. 4, pp. 1 a 362, Paris 1839.
- 37] FALKNER, TOMÁS, S. J. — Descripción de la Patagonia (1774). Traducción de Samuel Lafone y Quevedo, *Universidad de la Plata*, pp. 1 a 126, Buenos Aires 1911.
- 38] FIGUEIRA, JOSÉ H. — Los primitivos habitantes del Uruguay. (Lista de los objetos de antigua industria india que ha recibido la Comisión Uruguaya para la Exposición de Madrid. Cuatro planchas sin numerar incluidas entre las páginas 90 y 91. Discos de cobre, Vizcaíno, Soriano, tercera plancha, pieza Nº 716). En «*El Uruguay en la Exposición Histórico Americana de Madrid*», pp. 125 a 219, Montevideo 1892.
- 39] SERRANO, ANTONIO. — Arqueología de las Tejas, (Provincia de Sta. Fe). *Revista Universitaria del Litoral*, Nº 12, (apartado pp. 15 a 64), Paraná 1922.
- 40] SERRANO, ANTONIO. — Los primitivos habitantes del territorio argentino. pp. 1 a 215, Buenos Aires 1930.
- 41] ARREDONDO, HORACIO. — Informe preliminar sobre la Arqueología de la boca del Río Negro. *Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología*. Vol. I, pp. 7 a 45, Montevideo 1927.
- 42] AMBROSETTI, JUAN. — Sobre una colección de alfarrerías minuanes. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, Vol. XIV, pp. 242 a 266, Buenos Aires 1893.

- 43] SERRANO, ANTONIO. — Las culturas protohistóricas del Este Argentino y Uruguay. Memorias del Museo de Paraná, Nº 7, pp. 1 a 44, Paraná 1933.
- 44] DE MARÍA, ISIDORO. — Páginas históricas de la República O. del Uruguay. Colección de documentos inéditos .pp. 1 a 124, Montevideo 1892.
- 45] ARREDONDO, HORACIO. — Santo Domingo de Soriano. Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología. Vol. I, pp. 127 a 138, Montevideo 1927.
- 46] OUTES, FÉLIX. — Los Querandíes. pp. 1 a 202, Buenos Aires 1897.
- 47] SERRANO, ANTONIO. — El área de dispersión de las llamadas alfarerías gruesas en el territorio argentino. Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, Vol. X, (apartado pp. 1 a 9), Buenos Aires 1930.
- 48] GASPARY, FERNANDO. — Una nueva variedad de campana chaná-timbú. Boletín del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales, año 2, Nº 2, pp. 59 a 66, Santa Fe 1947.
- 49] FRENGUELLI, JOAQUÍN. — Una nueva «campana» notable de los aborígenes santafesinos. Boletín del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales, año 1 Nº 1, pp. 11 a 17, Santa Fe 1945.
- 50] GERANIO, SILVIO. — Objetos en piedra y cerámica de antigua industria india hallados en territorio uruguayo. Anales de la Dirección General de la Enseñanza Industrial, año VI Nº 6, (apartado pp. 1 a 21), Montevideo 1939.
- 51] GERANIO, SILVIO Y DE FREITAS, CARLOS A. — Informe sobre una vasija ornitomorfa del Río Negro. Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología, Vol. IX, pp. 259 a 270, Montevideo 1938.
- 52] MUÑIZ, FRANCISCO J. — Noticia sobre las islas del Paraná. Publicada por Milcíades Vignati, Instituto de Investigaciones Geográficas de la Universidad de Buenos Aires, Nº 9, pp. 1 a 25, Buenos Aires 1925.
- 53] OUTES, FÉLIX. — El primer hallazgo arqueológico en la isla de Martín García. Anales de la Sociedad Científica Argentina, Vol. LXXXII, pp. 265 a 277, Buenos Aires 1917.
- 54] BADANO, VÍCTOR. — Piezas enteras de alfarería del litoral existentes en el Museo de Entre Ríos. Memorias del Museo de Entre Ríos, Nº 14, (arqueología), pp. 1 a 16, Paraná 1940.
- 55] AMBROSETTI, JUAN. — Los cementerios prehistóricos del Alto Paraná, (Misiones). Boletín del Instituto Geográfico Argentino, Vol. XVI, pp. 227 a 257, Buenos Aires 1895.
- 56] SERRANO, ANTONIO. — Subsídios para a Arqueologia do Brasil Meridional. Revista do Arquivo Municipal, Vol. 36, pp. 3 a 42, San Pablo 1937.
- 57] CERVERA, MANUEL. — Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe. Vol. I y II. Santa Fe 1907.
- 58] BULANTI RÍOS, LEONARDO. — Hallazgo de una urna funeraria indígena. El Telégrafo, diciembre 5 de 1951, Paysandú.
- 59] CANALS FRAU, SALVADOR. — Las poblaciones indígenas de la Argentina. Buenos Aires 1953.
- 60] PENINO, RAÚL Y SOLLAZO, ALFREDO. — El paradero charrúa del Puerto de las Tunas y su alfarería. Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología, Vol. I, pp. 151 a 160, Montevideo 1927.
- 61] APARICIO, FRANCISCO. — Nuevos hallazgos de representaciones plásticas en el norte de la provincia de Santa Fe. Revista de la Universidad de Buenos Aires, Vol. XLIX, pp. 5 a 30, Buenos Aires 1922.
- 62] ZAPATA GOLLAN, AGUSTÍN. — Los Chaná en el territorio de la provincia de Santa Fe. Publicaciones del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales Nº 4, pp. 1 a 38, Santa Fe 1945.

#### APENDICE Nº 1

*Fragmento del derrotero de Magallanes llevado por Francisco Albo, contramaestre de la nao Trinidad.* (Archivo de Indias, Sevilla, leg. 1, papeles del Maluco, año 1519 a 1547). [32 Vol. IV pág. 209 a 274].

Martes 10 del dicho <sup>(1)</sup> tomé el sol en 75 grados, tenía de declinación 20 grados, vino á ser nuestra altura 35 grados, y estábamos en derecho del cabo de Santa María: de allí adelante corre la costa leste oeste, y la tierra es arenosa, y en derecho del cabo hay una montaña hecha como un sombrero, al cual le pusimos de nombre Monte Vidi, corrutamente llaman ahora Santo Vidio (ahora Montevideo) y en medio del y del cabo Santa María hay un río que se llama río de los Patos, y por allí adelante fuimos todavía por agua

(1) Enero 10 de 1520.

dulce, y la costa corre lessueste oesnoroeste 10 leguas de camino; después corre nordeste sudueste hasta 34 grados y un tercio en fondo de 5 y 4 y 3 brazas, y allí surgimos y enviamos al navío Santiago de longo de costa por ver si había pasage, y el río está 33 grados y medio al nordeste; y allí hallaron unas isletas, y la boca de un río muy grande era el río de Solís (ahora se llama río de la Plata) é iba al norte, y así tomaron la vuelta de las naos, y el dicho navío estuvo lejos de nosotros obra de 25 leguas, y estuvieron en venir quince días, y en este tiempo íbamos otras dos naos á la parte del sur á ver si había pasage para pasar, y ellos fueron en espacio de dos días, y allí fué el capitán general, y hallaron tierra al susudueste lejos de nosotros veinte leguas, y estuvieron en venir cuatro días, y en viniendo tomamos agua y leña, y fuímonos de allí voltando de un bordo y otro con vientos contrarios hasta que venimos en vista de Monte Vidi, y esto fué á 2 días del mes de Febrero, día de nuestra Señora de la Candelaria, y á la noche surgimos á 5 leguas del monte, y nos quedaba al sueste cuarta del leste, y después á la mañana á 3 del dicho nos hicimos a la vela la vuelta del sur, y sondamos y hallamos 4 brazas, y 5 y 6 y 7 creciendo todavía, y este día tomamos el sol en 68 grados y 30 minutos, y tenía la declinación 13 grados 35 minutos, y vino á ser nuestra altura 35 grados <sup>(1)</sup>.

## APENDICE Nº 2

*Fundación de Santo Domingo Soriano* <sup>(2)</sup> [<sup>44</sup> pág. 59 a 60].

Por los años de 1566 pasó de esta Capital de Buenos Aires a la banda oriental del Río de la Plata un Religioso del Orden de Predicadores con intento de reducir a la fe católica a las Naciones de Indios infieles que se hallaban situados en ella, y habiendo empezado su predicación por la costa del Río Negro, donde se encontraban cinco naciones de bárbaros, llamados Charrúas, Bojanes, Aros ó Yaros, Minuanes y Chanás, consiguió su apostólico celo reducir a la fe católica primeramente a la Nación Charrúa.

Estos bárbaros, no queriendo dejar sus antiguas supersticiones, al poco tiempo abandonaron al Religioso, y volviendo á su idolatría pasaron su población o tolderías, a la otra banda del Río Negro. Siguió no obstante su predicación el Religioso entre los demás y pudo con ella reducir a los Chanás, quienes poco á poco se le fueron juntando a imitación de su Cacique, y abrazando la fe, y con ella se juntaron al suave dominio de los Reyes Católicos, de quienes expontáneamente se apellidaron fieles vasallos. Viendo el Religioso en tan buen estado su reducción, pasó á Buenos Aires con los principales de sus nuevos discípulos a presentarlos á su Gobernador don Juan Ortíz de Zárate. Este los recibió en nombre de Nuestro Católico Monarca el señor don Felipe II (que de Dios goce) y rendido el vasallaje los hizo volver á su Reducción en compañía del Religioso. Representó por ellos este Gobernador á su Magestad, y se les concedió el título de Real Pueblo de Santo Domingo Soriano al lugar de su Reducción, y la gracia de tener un Cabildo compuesto de dos Alcaldes y cuatro Regidores con arreglo á las Leyes de Indias y la merced de tierras que poseían antes de convertirse comprendidas bajo los linderos siguientes: De la Boca del Río San Salvador al Arroyo que se llama de Maciel, y de éste hasta el desagüe del Arroyo Grande en el Río Negro; y de aquí aguas abajo hasta su unión con el Río Uruguay...

(1) Los agregados entre paréntesis deben haber sido hechos por Fernández Navarrete al transcribir el «Diario».

(2) Este documento lleva la firma de Benito López de los Ríos, alcalde de 1er. voto y comandante interino de Sto. Domingo Soriano en 1800. No obstante a que adolece de errores cronológicos fundamentales, resulta muy valioso por cuanto hace referencia al primitivo habitat de los chanáes, basándose seguramente en tradiciones indígenas que aún se conservarían en 1800.



L A M I N A S

## LÁMINA I

### Grupo de timbúes de Buena Esperanza, en el Río Paraná

Esta lámina, la única representación que se tiene de los timbúes, figura entre las páginas 16 y 17 del viaje de Schmidel (Edición Levinus Hulsius, Nuremberg 1599).

De los indígenas que se observan en primer plano, el hombre luce la cara cubierta de rayas transversales que pudieran ser tatuajes, como asimismo una estrellita en la mejilla. Pero ésta estrellita no parece corresponder a un verdadero adorno nasal, que es lo que deducíamos de la lectura del texto de Schmidel.

La mujer del centro, en cambio, tiene el tabique nasal evidentemente perforado, apareciendo el extremo del palillo o taruguillo por el orificio izquierdo de la nariz. Al fondo el Río Paraná, un afluente que debe ser el Carcarañá, la localidad de Buena Esperanza, y en ella el aldeamiento timbú y el fortín de Corpus Cristi, fundado éste último por los expedicionarios de Mendoza. Dos embarcaciones españolas entran en escena por la izquierda, mientras que numerosas canoas repletas de indígenas salen a su encuentro.



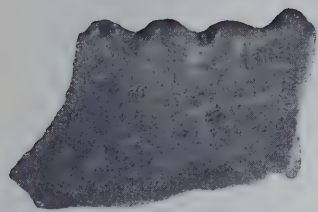
Copia de una lámina original, por gentileza del Sr. Octavio C. Assungao

LÁMINA II (1)

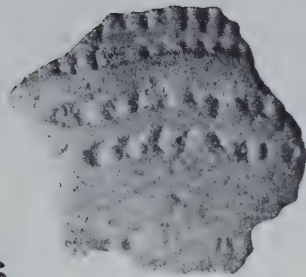
Alfarería del Río Uruguay (Dptos. de Artigas y Salto)

1. Borde dentado. (Freitas, bordes con escotaduras, cat. 2). Islas de Salto Grande, Col. A. Apa.
2. Punteado por áreas, ibycueño. (Freitas, grabadas, cat. 11). Barrancos de San Gregorio, Dpto. de Artigas, Col. E. Marañón.
3. Greca con variante. (Freitas, grabadas, cat. 8). Islas de Salto Grande, Col. A. Apa.
4. Borde con agujero de suspensión. (Freitas, asideras, cat. A). Islas de Salto Grande, Col. A. Apa.
5. Zig-zag múltiple. (Freitas, grabadas, cat. 5). Islas de Salto Grande, Col. A. Apa.
6. Fragmento de tapa con decorado de puntos al parecer concéntricos. Barranco de Boycuá, Dpto. de Salto, Col. A. Apa.
7. Apéndices mamelonados en franjas. (Freitas, apéndices simples, cat. 2?). Islas de Salto Grande, Col. A. Apa.
8. Zig-zag opuestos o rombos. (Freitas, grabadas, cat. 7). Islas de Salto Grande, Col. A. Apa.
9. Zig-zag doble. (Freitas, grabadas, cat. 5). Islas de Salto Grande, Col. A. Apa.
10. Fragmento de un pequeño recipiente con rebordé externo. Islas de Salto Grande, Col. A. Apa.
11. Greca doble combinada. (?) (Freitas, grabadas, cat. 9). Islas de Salto Grande, Col. A. Apa.
12. Zig-zag opuestos o rombos. (Freitas, grabadas, Cat. 7). Barranco de Boycuá, Dpto. de Salto, Col. R. Maruca Sosa.
13. Borde con agujero de suspensión. (Freitas, asideras, Cat. A.). Islas de Salto Grande, Col. A. Apa.
14. Zig-zag múltiple. (Freitas, grabadas, Cat. 5). Islas de Salto Grande, Col. A. Apa.

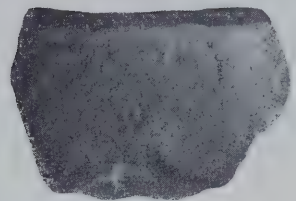
(1) Adoptamos la tabla de clasificaciones empleada por de Freitas en su trabajo sobre las alfarerías de la boca del Río Negro [26].



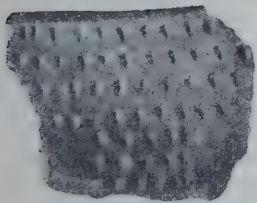
1



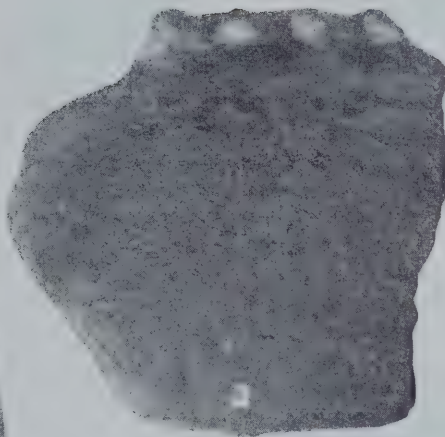
6



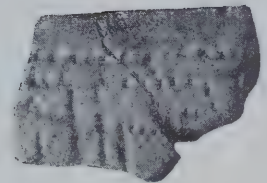
10



2



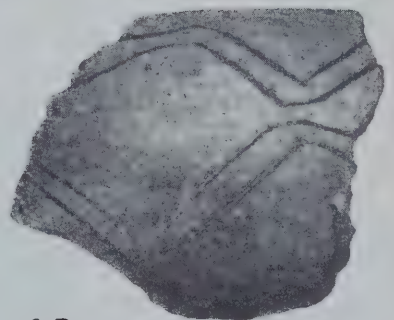
7



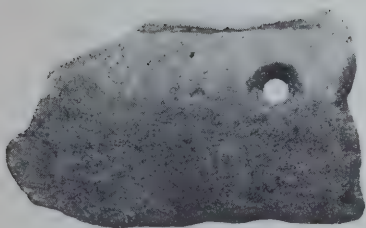
11



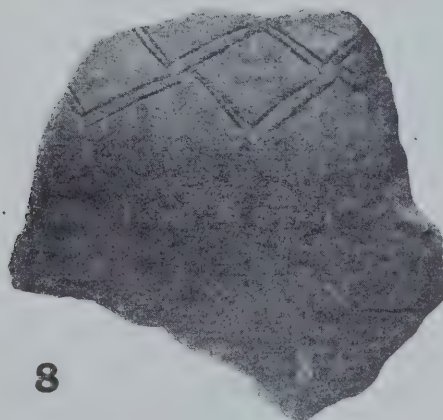
3



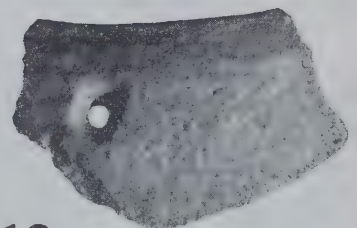
12



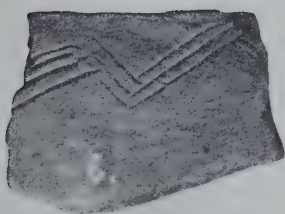
4



8



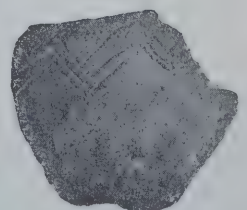
13



5



9



14

### LÁMINA III

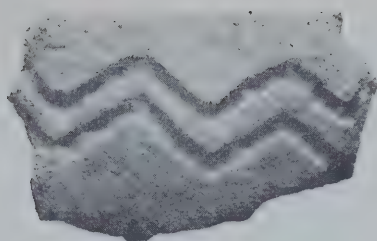
#### Alfarería del Río Uruguay. (Dptos. de Paysandú y Río Negro)

1. Zig-zag doble. (Freitas, grabadas, Cat. 5). Boca Arroyo Negro, Dpto. de Río Negro, Col. H. Horta.
2. Borde con agujero de suspensión, decorado con combinación de rectas y zig-zag doble (?). (Freitas, asideras, Cat. A, grabadas, Cat. 6). Boca Arroyo Negro, Dpto. de Río Negro, Col. H. Horta.
3. Recta doble. (Freitas, grabadas, Cat. 3). Boca Arroyo Negro, Dpto. de Río Negro, Col. H. Horta.
4. Zig-zag opuestos, o rombos. (Freitas, grabadas, Cat. 7). Boca Arroyo Negro, Dpto. de Paysandú, Col. H. Horta.
5. Zig-zag combinado con recta. (Freitas, grabadas, Cat. 6). Boca Arroyo Negro, Dpto. de Río Negro, Col. H. Horta.
6. Zig-zag. (Freitas, grabadas, Cat. 4). Colonia San Javier, resguardo Puerto Viejo, Dpto. de Río Negro, Col. H. Horta.
7. Zig-zag doble. (Freitas, grabadas, Cat. 5). Boca Arroyo Negro, Dpto. de Río Negro, Col. H. Horta.
8. Bordé dentado, greca doble. (Freitas, bordes con escotaduras, Cat. 2, grabadas, Cat. 8). Boca Arroyo Negro, Dpto. de Río Negro, Col. H. Horta.
9. Borde con agujero de suspensión. (Freitas, asideras, Cat. A). Boca Arroyo Negro, Dpto. de Río Negro, Col. H. Horta.
10. Zig-zag. (Freitas, grabadas, Cat. 4). Colonia San Javier, resguardo Puerto Viejo, Dpto. de Río Negro, Col. H. Horta.
11. Zig-zag doble. (Freitas, grabadas, Cat. 5). Boca Arroyo Negro, Dpto. de Río Negro, Col. H. Horta.
12. Greca combinada (?). (Freitas, grabadas, Cat. 9). Colonia San Javier, resguardo Puerto Viejo, Dpto. de Río Negro, Col. H. Horta.
13. Recta doble. (Freitas, grabadas, Cat. 3). Boca Arroyo Negro, Dpto. de Paysandú, Col. H. Horta.
14. Recta doble de trazo discontinuo. (Freitas, grabadas, Cat. 3?). Boca Arroyo Negro, Dpto. de Río Negro, Col. H. Horta.
15. Zig-zag combinado con recta. (Freitas, grabadas, Cat. 6). Boca Arroyo Negro, Dpto. de Río Negro, Col. H. Horta.
16. Borde con arpaduras. (Freitas, bordes con escotaduras, Cat. 1). Boca Arroyo Negro, Dpto. de Paysandú, Col. H. Horta.

1



7



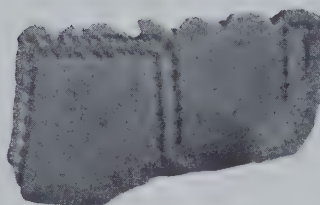
11



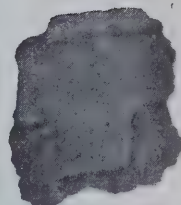
2



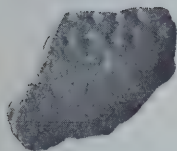
8



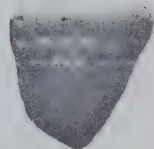
12



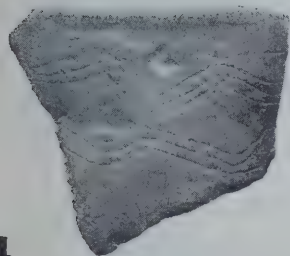
3



13



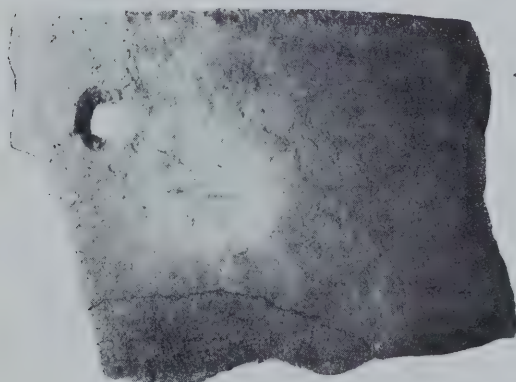
4



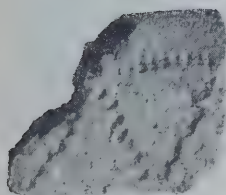
14



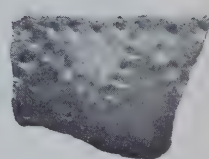
9



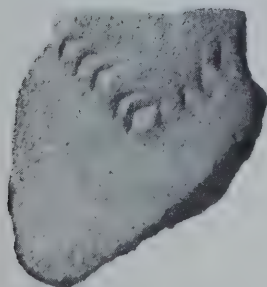
5



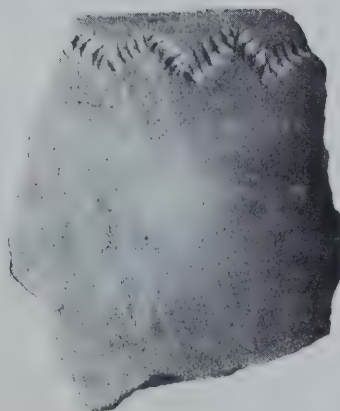
15



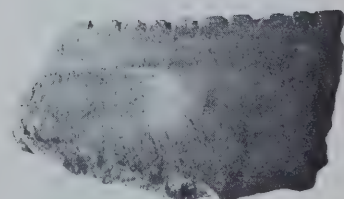
6



10



16



#### LÁMINA IV

##### Alfarería de la Boca del Río Negro

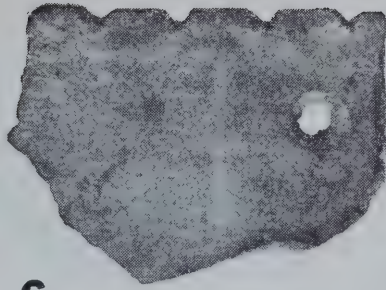
1. Borde con arpaduras, rectángulos paralelos al borde del recipiente. (Freitas, bordes con escotaduras, cat. 1, grabadas, cat. 11). Campo Galarza, sobre el Río Negro, Dpto. de Soriano, Col. Freitas.
2. Variante de zig-zag opuestos o rombos. (Freitas, grabadas, cat. 7 ?). Campo Morgan, sobre el Río Negro, Dpto. de Río Negro, Col. Freitas.
3. Zig-zag. (Freitas, grabadas, cat. 4). Villa Soriano, Dpto. de Soriano, M.H.N.M.. (\*\*)
4. Asa anular, fragmento decorado con zig-zag múltiple combinado con rectas perpendiculares al borde. (\*) (Freitas, grabadas, cat. 14). Isla Vizcaíno, Río Negro, M.H.N.M..
5. Zig-zag cuádruple. (Freitas, grabadas, cat. 5). Isla Infante, Río Negro, Col. Freitas.
6. Borde con arpaduras y agujeros de suspensión. (Freitas, bordes con escotaduras, cat. 1, asideras, cat. A). Isla Infante, Río Negro, Col. Freitas.
7. Zig-zag combinado con rectas. (Freitas, grabadas, cat. 6). Villa Soriano, Dpto. de Soriano, Col. Freitas.
8. Punteado por áreas, ibycueño. (Freitas, grabadas, cat. 11). Isla Infante, Río Negro, Col. Freitas.
9. Greca combinada con rectas y zig-zag. (Freitas, grabadas, cat. 9). Isla Vizcaíno, Río Negro, Col. Freitas.
10. Borde con arpaduras, zig-zag combinado con rectas, espacios intermedios rellenos con triángulos. (Freitas, bordes con escotaduras, cat. 1, grabadas, cat. 12). Campo Galarza, sobre el Río Negro, Dpto. de Soriano, Col. Freitas.
11. Diagonales combinadas con rectas perpendiculares al borde. (Freitas, grabadas, cat. 14). Campo Galarza, sobre el Río Negro, Dpto. de Soriano, Col. Freitas.
12. Zig-zag opuestos o rombos. (Freitas, grabadas, cat. 7). Campo Morgan, sobre el Río Negro, Dpto. de Río Negro, Col. Freitas.
13. Recta doble. (Freitas, grabadas, cat. 3). Isla Infante, Río Negro, Col. Freitas.
14. Vertedero tubular. Isla Naranjo, Río Negro, Col. R. Maruca Sosa.
15. Variante de greca. (Freitas, grabadas, cat. 9). Isla Infante, Río Negro, Col. Freitas.

(\*) La superficie de sección cóncava en que aparece fijada el asa, nos hace pensar que el recipiente fué del tipo globular, cuello tronco-cónico, señalado por Serrano como característico de las regiones del Bajo Paraná comprendidas entre los 30° y 35° Sur [9 pág. 59 a 61].

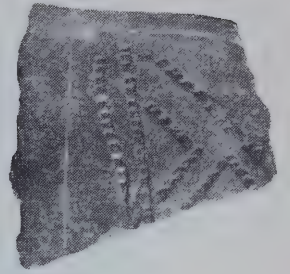
(\*\*) M.H.N.M. Colección del Museo de Historia Natural de Montevideo. Quedamos muy agradecidos a los Srs. Pfrs. Diego Legrand y Bautista Rebuffo por habernos permitido el acceso a las colecciones del Museo de Historia Natural de Montevideo y Municipal de Colonia, respectivamente.



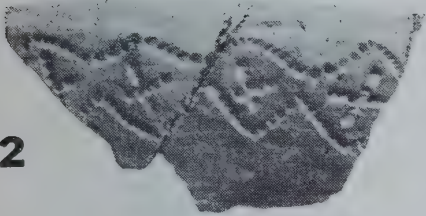
1



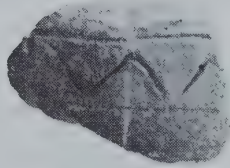
6



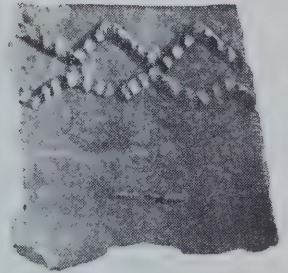
11



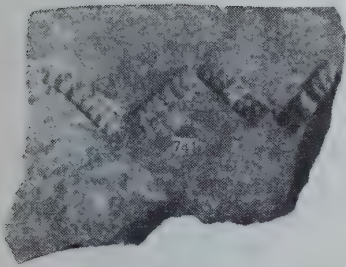
2



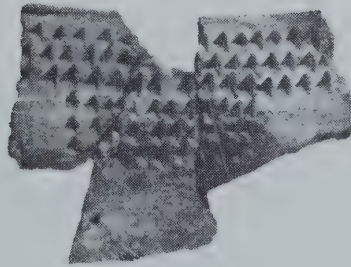
7



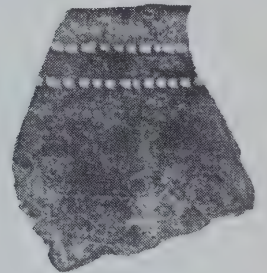
12



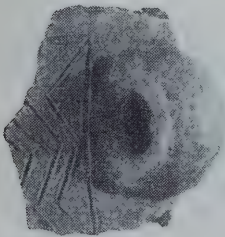
3



8



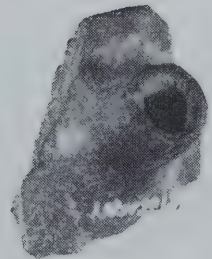
13



4



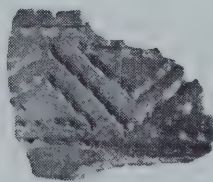
9



14



5



10



15

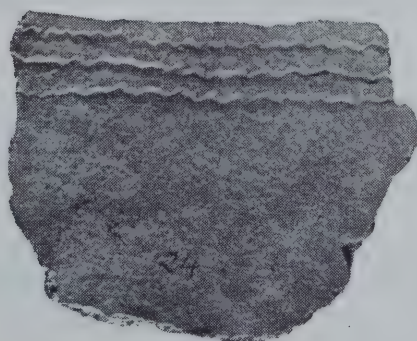
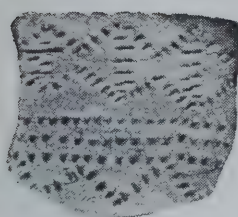
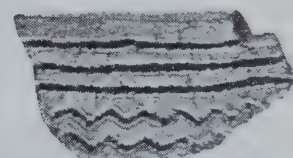
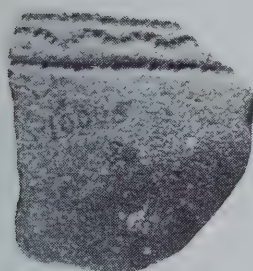
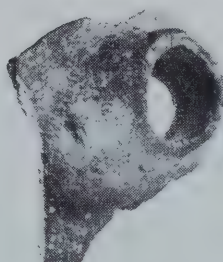
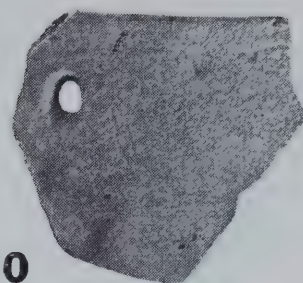
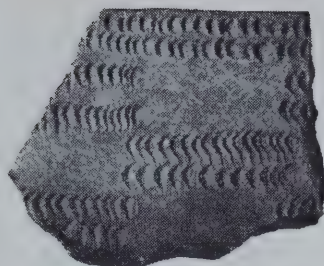
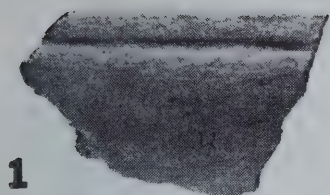
## LÁMINA V

### Alfarería de las costas del Dpto. de Colonia.

1. Fragmento de un recipiente con reborde externo. Médanos de la Isla Martín García, Col. A. Teisseire. M.H.N.M.
2. Greca doble (Freitas, grabadas, cat. 8). Nueva Palmira, Col. M. Fontana Company.
3. Zig-zag combinado con rectas. (Freitas, grabadas, cat. 6). Riachuelo, Col. A. Teisseire. M.H.N.M.
4. Borde con arpaduras, punteado por áreas, ibycueño. (Freitas, bordes con escotaduras, cat. 1, grabadas, cat. 11) Nueva Palmira, Col. M. Fontana Company.
5. Punteado por áreas, ibycueño. (Freitas, grabadas, cat. 11). Nueva Palmira, Col. A. Teisseire. M.H.N.M.
6. Punteado por áreas, ibycueño. (Freitas, grabadas, cat. 11). Nueva Palmira, Col. A. Teisseire. M.H.N.M.
7. Vertedero tubular. Nueva Palmira. Col. M. Fontana Company.
8. Zig-zag. (Freitas, grabadas, cat. 4). Riachuelo, Col. A. Teisseire. M.H.N.M.
9. Línea sinuosa triple, ibycueña. Molino de Agua, (paradero N° 2). Col. A. Teisseire. M.H.N.M.
10. Borde con agujero de suspensión. (Freitas, asideras, cat. A). Nueva Palmira, Col. M. Fontana Company.
11. Zig-zag combinado con rectas. (Freitas, grabadas, cat. 6). Nueva Palmira, Col. M. Fontana Company.
12. Zig-zag combinado con rectas. (Freitas, grabadas, cat. 6). Nueva Palmira, Col. M. Fontana Company.
13. Punteado por áreas, ibycueño. (Freitas, grabadas, cat. 11). Nueva Palmira, Col. M. Fontana Company.
14. Punteado por áreas, ibycueño. (Freitas, grabadas, cat. 11). Nueva Palmira, Col. A. Teisseire. M.H.N.M.

---

En las piezas 3 y 12, si bien el decorado está hecho en base al zurco-punteado que hemos señalado como usual en los plásticos paraenses, el planteamiento del dibujo parece obedecer a una marcada influencia de la modalidad ibycueña, en su variante de líneas sinuosas y rectas paralelas al borde del recipiente.

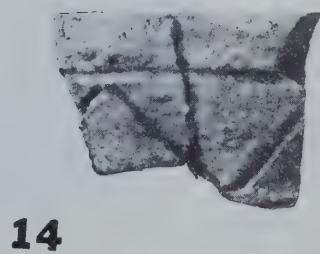
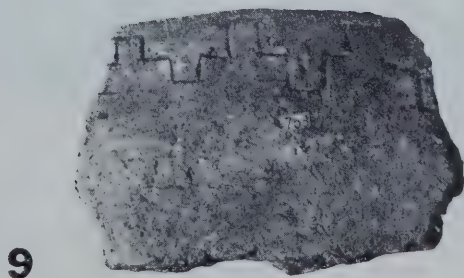
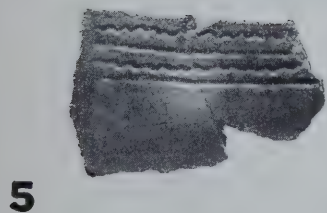
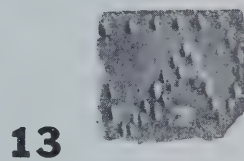
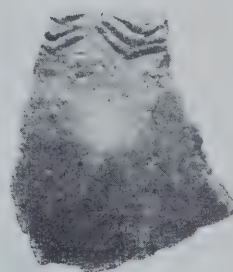
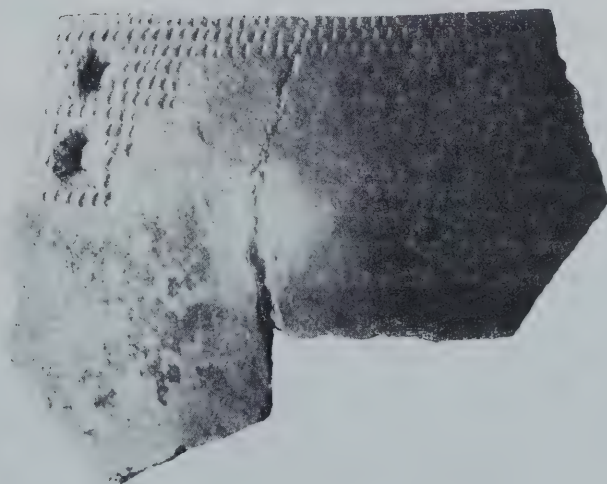
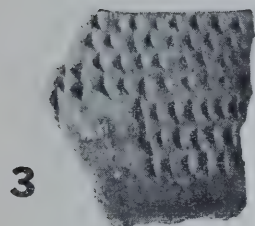
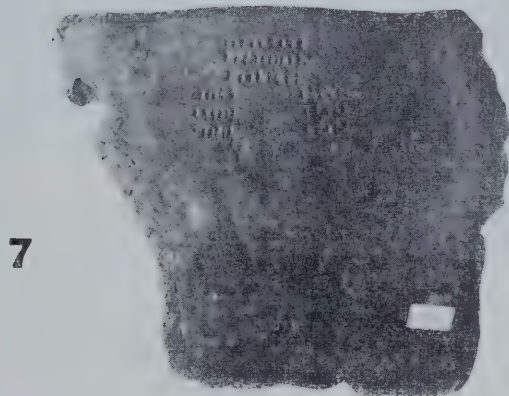
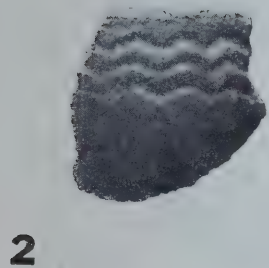
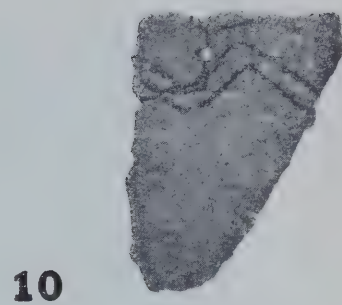
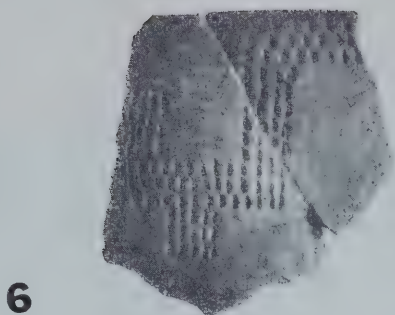
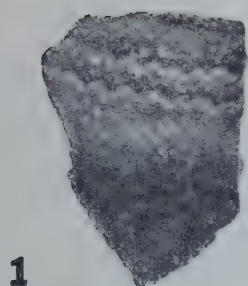


## LÁMINA VI

### Alfarería de las costas del Río de la Plata (Dptos. de San José y Montevideo).

1. Línea sinuosa doble, ibycueña. Rincón de la Teja, Dpto. de Montevideo, Col. F. Alvariza, M.H.N.M. (\*).
2. Línea sinuosa triple, ibycueña. Paradero de las Tunas, Río Santa Lucía, Dpto. de San José, Col. J. Figueira (\*).
3. Punteado por áreas, ibycueño. (Freitas, grabadas, Cat. 11). Arazatí, Dpto. de San José, Col. J. Arrechavaleta y G. Rodríguez Gallego, M.H.N.M.
4. Línea sinuosa doble, ibycueña. Paradero de las Tunas, Río Santa Lucía, Dpto. de San José, Col. J. Figueira (\*).
5. Líneas discontinuas, sinuosas y rectas, cubriendo áreas, ibycueña. (Freitas, grabadas, Cat. 11). Paradero de las Tunas, Río Santa Lucía, Dpto. de San José, Col. J. Figueira.
6. Punteado por áreas, ibycueño. (Freitas, grabadas, Cat. 11). Paradero de las Tunas, Río Santa Lucía, Dpto. de San José, Col. J. Figueira.
7. Punteado por áreas, ibycueño. (Freitas, grabadas, Cat. 11). Arazatí, Dpto. de San José, M.H.N.M.
8. Punteado por áreas, ibycueño, con agujeros de suspensión. (Freitas, grabadas, Cat. 11, asideras, Cat. A). Paradero de las Tunas, Río Santa Lucía, Dpto. de San José, Col. J. Figueira.
9. Greca escaleriforme (Freitas, grabadas, Cat. 10). Arazatí, Dpto. de San José, Col. J. Arrechavaleta y G. Rodríguez Gallego, M.H.N.M.
10. Ziz-zag doble (Freitas, grabadas, Cat. 5). Rincón de la Teja, Dpto. de Montevideo, Col. F. Alvariza, M.H.N.M.
11. Zig-zag. (Freitas, grabadas, Cat. 4). Paradero de las Tunas, Río Santa Lucía, Dpto. de San José, Col. J. Figueira.
12. Zig-zag triple discontinuo. Paradero de las Tunas, Río Santa Lucía, Dpto. de San José, Col. J. Figueira.
13. Zig-zag combinado con recta. (Freitas, grabadas, Cat. 6). Arazatí, Dpto. de San José, Col. J. Arrechavaleta y G. Rodríguez Gallego, M.H.N.M.
14. Zig-zag combinado con recta. (Freitas, Cat. 6). Rincón de la Teja, Dpto. de Montevideo, Col. F. Alvariza, M.H.N.M.

(\*) En los fragmentos 1, 2 y 4, no se puede apreciar si el decorado era continuo o discontinuo. Correspondiendo al último caso, encuadrarían en la 11a. categoría de Freitas, para las alfarerías grabadas, como el Nº 5.



## LÁMINA VII

### Alfarería campanuliforme (Pieza N° 1)

Recogida en la boca del Río Negro, en el Dpto. de Soriano, ésta pieza forma parte de la colección arqueológica del extinto Sr. Alberto de Uhagón. Exceptuando las partes superiores, toda la superficie externa de la figura se halla recubierta de dibujos irregulares, (Freitas, grabadas, cat. 15). formados por zurco-punteado en el que se empleó punzón romo de sección cuadrangular. Resulta difícil identificar el animal representado por el alfarero. Podría tratarse de una cabeza de loro, con lo que se hubiera seguido el canon usual de los plásticos paraenses, como de la de un mamífero, a juzgar por la boca. en éste último caso puede presumirse una cabeza de anta o de oso hormiguero.

La concavidad de la campana se comunica al exterior, aparte de la abertura basal, por dos más, laterales, que al mismo tiempo parecen representar los ojos de la figura zoomorfa. Debemos recordar, sin embargo, que en estos modelados se suelen representar los ojos por medio de protuberancias, que vendrían a serlo, en éste caso, las que aparecen en la parte superior-posterior de la pieza.

*Dimensiones.* — Altura 160 mm., diámetro en la base 115 mm.



## LÁMINA VIII

### Alfarería campanuliforme (Pieza N° 2)

Esta pieza perteneciente al Museo Municipal de Colonia, fué hallada en la localidad de Artilleros, en las costas rioplatenses de dicho departamento. El decorado se limita, como se aprecia en la lámina, a dos líneas paralelas de zurco-punteado, y a una serie de trazos verticales sobre la cornisa o voladizo que representa las alas y cola de la figura, evidentemente un airoso pájaro.

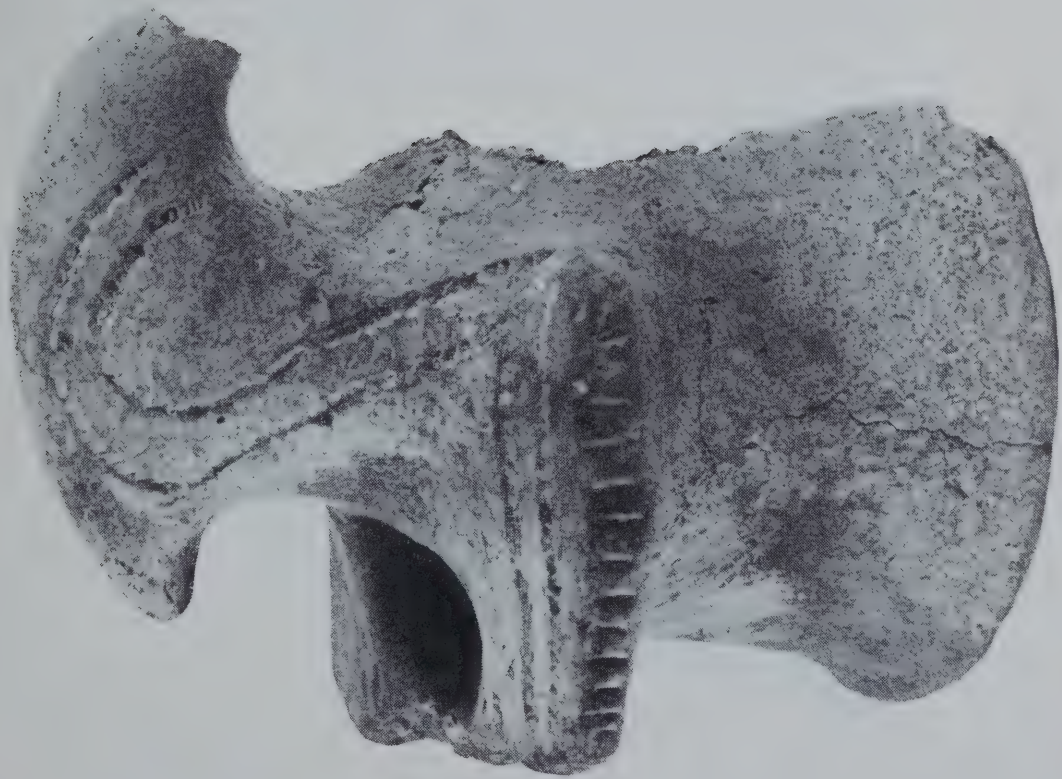
Aparte de la boca de la campana, se observan dos agujeros, uno anterior, circular, y otro cuspidal (\*), elíptico. Aparecen rotos el extremo del pico de la figura, una buena parte de la campana en su parte anterior izquierda, y la casi totalidad de la cornisa correspondiente a la cola. (\*\*).

*Dimensiones.* — Altura 180 mm., diámetro en la base 137 mm.

---

(\*) Llamamos cuspidal al agujero que por su posición y tamaño parece oponerse directamente al basal, o boca de la campana.

(\*\*) Debemos de citar otra campana chaná-timbú encontrada creémos que en el Dpto. de Colonia, y en la que su propietario se ha empeñado en ver la imagen de un ñacurutú. Lamentablemente nos ha sido negada la autorización para publicar la fotografía de dicha pieza en nuestro trabajo. El lector podrá verla en el Suplemento de «El Día», de fecha 30 de marzo de 1952.



## LÁMINA IX

### Alfarería campanuliforme (Pieza N° 3)

La presente debe ser una de las pocas campanas chaná-timbúes recogidas casi completamente intactas. Procede del Arazatí, Dpto. de San José, y fué coleccionada por el Sr. Raúl Penino. El decorado, como se advierte en la lámina, lo forman líneas de zig-zag punteadas y zurco-punteadas, a más de dos frisos escotados, uno a modo de cresta del apéndice zoomorfo y otro cinguliforme, acentuado hacia atrás como para formar una verdadera corniza, lamentablemente dañada.

Dos aberturas, aparte de la basal, comunican la concavidad de la campana con el exterior, una en la parte delantera, circular, y otra cuspidal ligeramente elíptica.

*Dimensiones.* — Altura 100 mm., diámetro en la base 85 mm.



## LÁMINA X

### Alfarería campanuliforme (Pieza N<sup>o</sup> 4)

Pieza muy fragmentada procedente del Arazatí. Dpto. de San José, donde la recogió el Sr. Raúl Penino. El decorado se compone de punteado que cubre prácticamente toda la parte superior de la pieza, y de dos frisos escotados, uno a modo de cresta y otro cinguliforme. Falta lo que debía formar el pico de la figura, estando representados los ojos por dos apéndices apezonados. Es muy de destacar el remate posterior de la pieza, ya que se fué a la especialización de la cornisa existente en otras campanas, dándosele a ésta la apariencia de una verdadera boquilla de pipa.

A la basal y a la de la supuesta boquilla, se agregan dos aberturas más, una anterior, circular, y otra cuspidal, elíptica.

*Dimensiones.* — Altura 123 mm., diámetro en la base 88 mm.



## LÁMINA XI

Fragmentos zoomorfos que probablemente correspondieron a campanas timbúes de gran tamaño.

- 1) Pieza maciza que parece representar una cabeza de serpiente. (\*) El decorado está constituido, (a), por apéndices apezonados con los que se formaron los ojos, (b), por frisos escotados, uno longitudinal y otro transversal que se cruzan sobre la cabeza, (c), por series de punteado y zurco-punteado que señalan las fosas nasales, la porción anterior de la boca, y determinan además paralelas y zig-zag marginales al friso longitudinal. Hacemos notar el apéndice en forma de meseta que se observa en la parte más alta de la pieza, por aparecer también dicho apéndice, idéntico o en sus variantes, sobre otras alfarerías zoomorfas estudiadas por Aparicio, [<sup>61</sup>, fig. 7, 8 y 10], Torres, [<sup>16</sup>, fig. 12 y 24] y Serrano, [<sup>47</sup>, fig. 5]. Estos apéndices, a menos que obedezcan a un sentido ritual desconocido, parecen destinados a afianzar en ellos el pulgar de la mano, toda vez que se tomara o levantara las piezas para su traslado, ceremonial, etc. (Colección del Sr. Raúl Penino, procedencia, Las Tunas, Río Santa Lucía, Dpto. de San José).
- 2) Representación de una cabeza de loro. Forman el decorado de esta pieza, parcialmente hueca, líneas de zurco-punteado formando zig-zag regulares trazados en el sentido longitudinal de la pieza. Se advierte un agujero posterior, situado en el borde de fractura, como asimismo vestigios de un apéndice-asidera similar al de la pieza descrita anteriormente. (Colección del Museo Municipal de Colonia, procedencia, costas del Dpto. de Colonia, sin otras indicaciones.)

---

(\*) La parte posterior de la pieza presenta, además de la superficie de fractura, otra alisada, que señala el límite a donde llegaba la concavidad de la campana. Se advierte además un zurco que comunica ésta superficie alisada con la parte anterior-inferior del fragmento, y que debía de formar uno de los agujeros al exterior, característicos en estas alfarerías.



**1**



**2**

## LÁMINA XII

### Alfarería zoomorfa recortada.

De todas las representaciones zoomorfas realizadas por los plásticos paranaenses, y que han sido encontradas en nuestro territorio, las menos frecuentes parecen ser las llamadas recortadas o siluetas. Serrano al ensayar una clasificación de las alfarerías zoomorfas, dentro de la arqueología paranaense, estableció cinco grupos o tipos, correspondiendo el tercero, (C), a las que él llama recortadas, y que define así: "Sobre el borde fresco del vaso se recortaron siluetas de cabezas y colas. Estas representaciones tienen el mismo espesor que las paredes del vaso. Generalmente del lado interno se las ha caracterizado con decoración incisa, pero las hay también completamente lisas. Son siempre de perfil." [<sup>9</sup> pág. 74].

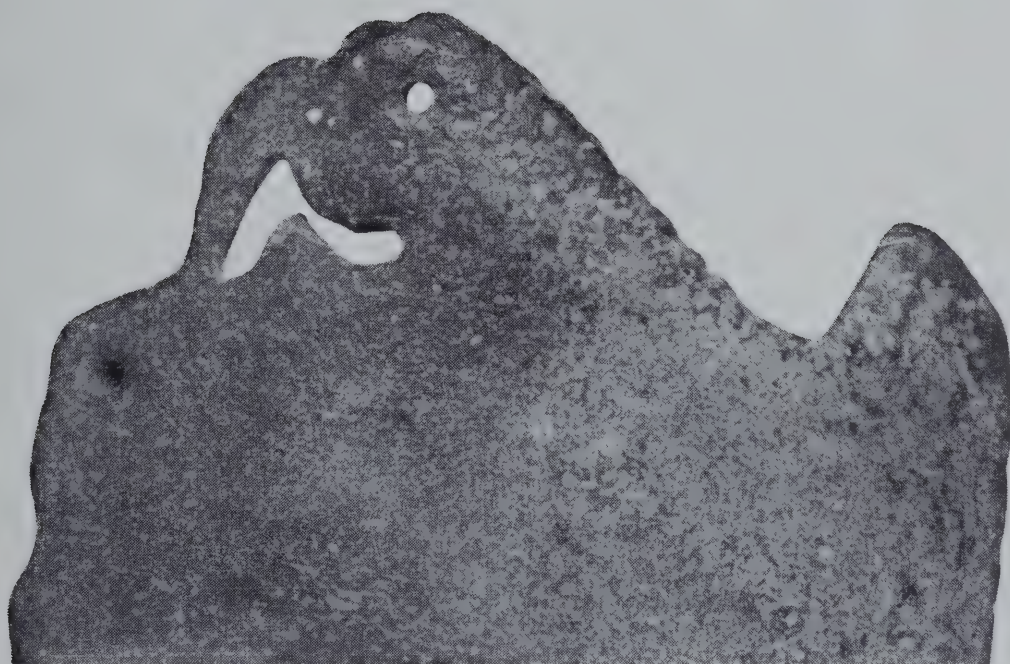
La pieza N<sup>o</sup> 1 (\*) de nuestra lámina, presenta decorado de zurco-punteado formando trazos irregulares, (Freitas, grabadas, cat. 15), pero no en su cara interna, sino en la externa. El fragmento que representa una cabeza de pájaro, fué recogida por el Ingro. Mario Fontana Company en Nueva Palmira, Dpto. de Colonia. En cuanto a la pieza N<sup>o</sup> 2 que evidentemente representa un loro, el fragmento permite suponer un gran recipiente en forma de plato, y de paredes muy finas. Procede del Arazatí, hacia la boca del Pavón, Dpto de San José, donde fué recogida por el Sr. Raúl Penino.

---

(\*) Esta pieza ya ha sido publicada por el Ingro. Fontana Company en «Memoria de la excursión científica a Nueva Palmira». (Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología, Tomo IV, 1930).



1



2



IMPRESORA L.I.G.U.  
MONTEVIDEO, 20 DE OCTUBRE DE 1955





